

CLYO MENDOZA

Silencio



poesía

Silencio

Clyo Mendoza obtuvo el premio único de poesía en el IX Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Carmen Boullosa, Antonio Deltoro y Ali Calderón.

La investigación y escritura de este libro se llevaron a cabo con el apoyo del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca).

COLECCIÓN LETRAS



poesía

CLYO MENDOZA

Silencio



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Silencio

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Clio Huitzilín Mendoza Herrera

ISBN: 978-607-495-628-3

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/29/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A Toño Camiñas

Nuestras sombras respiraban juntas. Bajo nosotros,
las aguas del río de los acontecimientos corrían casi
en silencio.

Nuestras sombras respiraban juntas, y todo estaba
por ellas recubierto.

HENRI MICHAUX
“Nosotros dos aún”

Fue el tormento, los golpes y en pedazos nos
rompimos. Yo alcancé a oírte pero la luz se iba. Te
busqué entre los destrozados, hablé contigo. Tus
restos me miraron y yo te abracé. Todo acabó. No
queda nada. Pero muerta te amo y nos amamos,
aunque esto nadie pueda entenderlo.

RAÚL ZURITA
“Canto a su amor desaparecido”

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

MIGUEL HERNÁNDEZ
“Elegía”

En la cocina los muros se levantan. Mi madre muerde un pedazo de papa mientras llora. No me atrevo a mirarla. Si aquí no se llora por qué ella hunde su rostro en las lágrimas como en un sepulcro. Cállate, madre, o vendrá él a callarte. No se lo digo.

Sorbo con ruido el agua para quitar el silencio de campo que nos ensarta.

NO SE PUEDE NADAR
CON ARMADURAS

A esa hora en todas las grandes ciudades del mundo, en la prisa y en el anonimato, se desplazan cientos de personas arrulladas por el ruido del motor, cabeceando contra los cristales. A esa hora en todos los campos del mundo el viento dobla la hierba hacia la misma dirección y pareciera que ésta respirase. En algún pueblo caen relicarios de flores y en el mar las cadenas se precipitan para encallar un navío feroz que ruga y se retuerce como cosa viva. En este país, en este mundo, la sed y el hambre se volvieron un arma. De norte a sur algún ser vivo busca dónde ocultarse. El cielo trae soldados. Los hombres platican: a qué sabe el pulmón de este animal sangrante. Ella, un punto diminuto en una sierra, toma el veneno y se sienta para esperar a la muerte.

No habrá réquiem, no habrá elegía. En su mente no está la pregunta:

Si este país ha dado un mesías: ya está muerto,
si ha dado un hombre de paz al menos, una mujer libre,
un genio sin avaricia,
una verdad,
ya están muertos.
¿Por qué sigo viva yo?

Sólo silencio. El silencio corona su partida como la sangre coronó su nacimiento.

No grita, no llora. Aprieta las manos, la capa del aire cobra densidad. El mundo arremete contra ella en todo su espesor, la realidad es densa hasta el hartazgo. Hasta ayer ella se pensaba parte del mundo, pero mientras se ha ido separando la vida de su cuerpo (primero desde la idea de darse muerte) ha quedado claro que la realidad se había impuesto en ella como a quien le cae encima un árbol a mitad del bosque, expuesto su grito de auxilio al más absoluto silencio.

Dentro de ella, joven pero mujer de muchos muertos, el veneno corre como la lumbre sobre un bosque marchito. En el dolor llega la ceguera, aparece después de sentir que su pupila es un grano de luz, una pequeña hormiga de fuego brillando al atardecer sobre el agua.

Se embota la sangre en la punta de sus dedos, cientos de cuerpos le nacen y le crecen dentro para reventarla. Cientos de mujeres como ella misma se enfilan para caer de una piel a otra, de una piel a otra, de una piel a otra, infinitamente.

Frente al espejo empuja la lengua afuera de la boca para mirarla. La lengua ennegrecida se estría y es claro que cientos de cuerpos le nacen copiosamente y se le enquistan, cientos de miles de mujeres vencidas se le acumulan dentro como almenas.

Poco a poco su cuerpo se convierte en la inmensa planicie de una playa y los cuerpos que le nacen y la hinchan son los montes y las hendiduras que forma con arena el viento. También le nace el mar, toma forma en ese territorio saturado. El mar le dice: *Entra. Abre bien los ojos.*

Está ciega: sólo mira hacia adentro, es como si nadase dentro de su propia sangre, un arrullo caliente en la mecida, el pulso constante del mar y las venas, un sol, un corazón calentando. Morir es ahogarse en su mismo mar interno, gran mar, amplio. La sangre siempre estuvo enviando ese llamado fluvial, hubo siempre un rumor, a veces lejanísimo, otras veces gritando en ella, que de golpe, la agitaba. A ella no le hablaban seres imaginados, ni los animales ni las flores del campo, a ella le hablaba el agua, el mar que siempre había querido ver y que a veces escuchaba correr junto a la espuma de las orillas. Días en los que llovía hasta humedecerse todo, la piel misma olía a enmohecida, el pelo se empapaba de ese olor a pared húmeda, casi lama el pelo, casi enverdecido.

Con vértigo, su vida se despliega ante ella como un carrusel donde todas las imágenes avanzan deshaciéndose. Un veloz carrusel que gira mostrando los recuerdos de una vida que desde ahí pierde toda importancia y todo sentido. En ese umbral sólo reina la sensación de enumerar grano de arena tras grano de arena, hasta que las olas que lo acunaban todo como a cientos de hijos diminutos sacuden y rompen y el cálculo recomienza, angustiosamente, después de un millón de años contando.

Gira y gira el carrusel, hasta que su memoria se detiene el día de su boda:



No había dejado de lloviznar y cada charco de agua imponía un llamado, me asomé ahí para mirarme y, como en el reflejo del mar, nada estaba en orden. Lavé en el charco mis manos llenas de sangre, caminé mojándome hasta llegar a la iglesia. Llevaba un tocado de agua y de flores que había recogido del camino.

La perra la mira llorar, le duele, le duele y hasta parece que se está incendiando su nervadura, duele porque todas las tardes de su vida se queman otra vez en sus ojos.

La perra bebe otra vez la saliva y se echa. La perra se levanta a veces para rodear el cuerpo. La perra gime, vuelve, se echa. El único sonido que traspasa el silencio es su gemido. Poco a poco ambas serán músculos, piel, huesos y otras sustancias de las que nunca supieron, de las que nunca ni sus heridas ni sus partos las hicieron conscientes.



Qué densa era la carne.

Adiós piedra, adiós altares confusos, adiós masa, adiós animal testigo.

Después de tantos estallidos necesitaba despedirme en silencio.

Qué pesado era llevar la sangre a todas partes.

Ese olor, ese sonido a corriente y oleada que guarda lo vivo, la sacudió desde siempre. Ella con la voz del agua era como los tristes que ansían comerse un bocado de tierra y las embarazadas que se llenan de piedritas la boca, también como los niños a los que excita el fuerte aroma a lluvia y esos pájaros a los que esa pesadez del aire guía como una lumbrera.

La perra se inclina sobre ella para lamerle más saliva. Se asusta la perra, empieza a oler el gozo de las larvas. Rodea el cuerpo la perra, sale corriendo hacia el campo. Cerca del arroyo hay una rajadura entre los árboles. Irá allá para morir lejos de los otros, para morir tranquila.

Vómito y arcadas conforman en su muerte la marea. Ahí el latido que le queda se convierte en la voz de los animales de agua.

Su cuerpo cae en una riada o ella es un arroyo de jardín.

Ella es la lluvia o es la sangre.

Es el agua creciente que arranca árboles y ahoga a los caballos que beben en las orillas, es el agua en la que se lava a un niño y el pequeño charco donde se refleja la noche.

En su muerte, de su pecho resbalan los peces y en sus senos termina la fuerza del estalle. Su vientre tiene nichos para los peces y en sus pies crecen los peces umbríos de las fosas.

Todo es más claro ahora: en el cuerpo hay más agua que concreto, pero la sangre es más fierro que lágrima. ¿Cómo decidir qué la define? Pesadez y ligereza, piel bajo llanto, agua y arena, todo es confuso y es claro en la materia hermanada del océano.

Cae en sí misma, cae fuera de sí misma, cae en el mar donde siempre es de noche. Ahí dentro los animales se llaman con nombres propios y se escuchan los resortes del agua al vencerse. Se escucha a la muerte, la única que sabe romper el músculo del mar y entrar y salir del mundo.

Alarga sus manos para ubicarse. Aprieta puños. Se agita y se merma, se hace habitar por pequeños seres, pequeños pájaros de la carroña que volaron desde siempre alrededor de ella como partículas de polvo, siempre pendientes, siempre ávidos.

Luego todo acabó. Sus venas se apagaron. Su vida se fue a la velocidad exacta con que arrancó un puño de espinas del labio de un perro, el día de la boda, el día de sus pechos y las azucenas, el amor y tantas flores recién cortadas.

Sus pulmones se habían llenado de pájaros arrancados del cielo. Qué fealdad y afuera los fuertes vientos, había sabor a naranja en el vómito y un sabor a flor comestible.

El agua la lavó y le acomodó los huesos después de ese viaje largo. Unos niños le dieron la mano, eran cuatro, sus sombras eran perfectas: caían en el mar que estaba sosegado y oleoso como el vómito de un santo en ayuno, como la saliva limpia de un recién nacido.

Algunos peces pasaron junto a ella, la miraban; sus mentes registraron que habían visto a una mujer cayendo y lo olvidaron.

Los niños entraron con ella en el mar, o lo que ella soñó que era el mar, porque mientras estuvo viva, veintinueve años, sólo había sabido del mar imaginándolo en las nubes de una sierra maciza y estéril.

卐

*Aquí estoy, éste es el mar. Escucho a sus animales llamarse con nombres
propios*

*No recuerdo mi nombre
No importa mi nombre
Podría llamarme tierra
Podría llamarme florecida árbol leño orquídea
los escucho
tienen nombres endrinos y su voz
es la de piedras
rompiendo piedras*

DEFINÍAN LA MUERTE CON LOS
PEQUEÑOS FINALES QUE HAY
A LO LARGO DE UNA VIDA:
LA CENIZA DEL FUEGO,
TODAS LAS FLORES RECIÉN
CORTADAS

El sacerdote acababa de llegar hacía unos meses de la ciudad. A sus oídos llegó el rumor de que la muerta que se velaba, rodeada apenas por un par de niños, era una suicida. Organizó un grupo silencioso de gente que cerró para ella el panteón imitando el poder de una masa. Él al frente, ellos detrás: todos sostenían sus brazos en el aire imaginando al diablo, gritando rezos, aullando NO.

Alejaron a la comitiva que cargaba el cuerpo en una caja, era lo más parecido a un ataúd que reluciría en el pueblo en muchos años y circulaba excesivo junto a su pequeño cortejo. Y es que ahí se entierran desnudos o sólo con la mortaja. Las mujeres empiezan a bordar la suya después de casarse porque empieza el riesgo de morir de parto. Todas tienen un pedazo de tela que bordar: encajes, flores y animales de hilo para caer en la tierra. Por las tardes se sientan juntas a coser en silencio, siempre en silencio, un vestido fresco para su muerte.

Para cada idioma hay una idea de la muerte. No muy convencidos, los campesinos gritaban: *La suicida no merece la tierra bendecida*. ¿Qué tierra bendecida? Estaban enfurecidos, atravesados siempre por el hambre, temerosos de las sequías, del ritmo extraño de las lluvias. Estaban confundidos porque en su idioma materno la muerte no distinguía voluntad de naturaleza. No había una palabra para designar a aquel que corta de tajo su camino y decide despenarse a la nada como las cabras. Gritaban con rabia y casi con envidia. Tanto, tanto habían insistido en recalcar en el templo la existencia del infierno, durante cuántos años, cuántas generaciones se habían reunido ahí para escuchar que habían piras esperándolos después de su muerte si se rendían ante las cosas que los abuelos decretaron como suyas. Todos lo sabían: a veces sólo había confort en el idioma de acero y hierba. Ahí había un lugar para estar a salvo de las procesadas ideas y conclusiones del mundo de los otros. Si volvían al mundo de su propio idioma la muerte no daba tanto miedo, la muerte ahí era el fin natural, fuese cual fuese la vía. Su definición no implicaba una hoguera infinita, ni la claridad suprema de un Dios con vestido.

La muerte, indefinible, se limitaba en ese idioma sólo a ser descrita con los eventos simples de una vida: la ceniza después del fuego, el abono fértil que deja el cuerpo de un animal que estuvo herido y ha muerto.

Águeda fue la única que supo lo que había hecho su padre, pero no pudo quejarse en la víspera, ni durante la boda. Sólo pudo obligar a su hermano pequeño a sentarse en sus piernas para decirle la verdad: *Nuestro padre sabe dónde está*. Pero el niño no escuchaba, tenía los ojos puestos en la distancia, en ese punto vacío donde pierden la vista los gatos.

El luto de un niño consiste a veces en perder la memoria. El niño había tocado a su madre, a quien creía dormida. Había dicho: *Nñia'*, había dicho: *Mi madre*. Después, de inmediato, se había arrojado a jugar con unas piedras, silencioso. Águeda explicó: *Las personas se mueren y se vuelven estrellas*. Y el niño sólo respondió: *Noche*.

Nadie más estuvo ahí.

Águeda pensó: *Noche. Gueela. Noche*.

El padre llegó por el niño, se lo dio a su próxima esposa. Ella le dio a beber de su pecho una leche de miedo.



La nueva esposa lo seguía como animal de ciego. Ella lo seguía sin conocerse. Lo seguía bajo el sol a pie, lo seguía mientras la noche arrastraba el alma de las cosas, su sonido y las miradas de esas aves que lo miran todo como si ya hubiese sido devastado.

Se casaron en la víspera de mi muerte. Él la deseaba como se desea atravesar la vieja puerta tras la que está el murmullo, una pisada en la hierba, un ruido de mosca, de turba, de animal agriándose en la muerte.

Lo amaba ella, con todo su tedio, con toda su angustia, con toda su hambre. Tenía catorce años. Podría haber sido su hija. El embarazo le hinchaba los pechos, pero seguía siendo una niña. Y a ella, que se impresionaba con el deseo como quien mira una muralla, él le había prometido llevarla al mar y una casa con suelo de cemento donde mirará, quizá por siempre, a los marranos muertos, pensando:

Esto es la abundancia.

La niña camina evitando las miradas. Ya no tiene frío y está enamorada, qué más da todo lo demás, si el padre de su hijo, mi esposo, bate con el peso de su cuerpo el polvo, si en su mundo ningún hombre

más que él tiene la “bravura” para empuñar su arma contra un viejo o sobornar soldados. Qué más da todo lo demás, si al golpearla junto al estanque el agua sigue serena y ella sigue deseándolo.

El padre la obligó a entrar en el vestido de su primera comunión. Amenazó, golpeó, empuñó un arma. Así que Águeda entró en ese vestido blanco y percutido y se tocó el hombro siguiendo la mano de su madre, que se encendía ahí, en el fogón con que siempre venía de sus recuerdos. Había escuchado tanto del infierno que su madre siempre venía transportada en una pira a abrazarla, o a tomar su mano como ahora, por encima de ese vestido intacto entre las llamas.

En qué consiste el luto de ese niño, se preguntaba Águeda. Lo miraba correr de un sitio a otro, cargando piedras, apilando piedras, lanzando piedras. Si el niño no habla, si el niño sólo sabe decir *mamá* y *noche*, de qué palabras estará compuesto el recuerdo del dolor dentro de él. Luto de pájaro el del niño, llanto y espasmo para las penurias más elementales: falta de alimento, falta de calor, molestia. Pero todo era para él rápidamente sustituido. Nuevo pecho, nueva madre. Mientras Águeda, en dos idiomas, se contaba los mismos sucesos, y en cada parte de su cuerpo, doblemente, el dolor era su hoguera.

En la boda, el pequeño hermano de Águeda corrió hasta encontrarse con los baldes llenos de comida que humeaban en el patio. La madrastra corrió detrás, pero era puro vientre y él volvió a alejarse. Ella regresó a su puesto, junto al esposo, el hombre de las armas, el patrón de la hierba.

En ese pueblo casi nunca se comía carne, pero habían matado algunas cabras y sus cabezas yacían con la lengua de fuera cerca de los matorrales. A menudo esos animales resbalaban de lo más alto de la sierra mientras pastaban y sus restos no se hallaban nunca.

Las cabras pastaban una hierba distinta a la que enorgullecía al marido, pastaban paja del color de la orina y hierba pegada a las rocas. Los campesinos las veían rodar, con los ojos llenos de lágrimas. Las cabras caían, pero la lluvia nunca, cabras blancas de las que sólo quedaban algunos lunares de sangre en las piedras del barranco. Los campesinos se asomaban y escuchaban balar toda su riqueza cuesta abajo. Con el peso de las cabras, y un viento que no amaba nada, gemían las ramas.

La barbacoa humeaba, el niño corría como un enano borracho. Alguien le dio un vaso de refresco de piña que manchó su boca con una estela.

Él siguió corriendo hacia las cabezas de las cabras, el viento blanqueaba sus lenguas. Águeda lo encontró cerca de los matorrales. Estaban las cabezas de las cabras, casi sin carne, y las moscas tendían sobre ellas sus sombras festivas. El niño, en cuclillas, derramaba un líquido amarillo sobre las bocas sangrantes.

Tal vez tienen sed, hermana.

Águeda entendió el luto de tórtola del niño. Se supo sola porque su inmenso quebranto se erguía, descollaba como una estaca. Ahora sabía qué era la muerte. Y en su mente las cabras,
su madre,
las cabras,
caían.

En la boda, el niño intentaba saciar la sed de una cabra muerta. Tan sereno su pequeño hermano, con los ojos perdidos en guiar el líquido sobre la boca de la cabra, que Águeda enloqueció. Eso dijeron. Dijeron que corrió hasta su padre y le tiró el plato de comida al piso. Cuánta rabia, Águeda. Habías pensado que él no merecía comer la carne de esas cabras mientras el pecho de tu madre criaba moscas. Ibas a gritar para preguntarle por su cuerpo, pero te tomó del pelo y te arrastró hasta la cocina. Y ahí las mujeres vieron cómo te azotaba. Y algunas escucharon que tu cuero cabelludo tronaba como los caballos galopando sobre todas las cosas; guardaron silencio, un silencio de caída. Te lavaron la cara con sal y te mandaron a esa casa que tu padre había empezado a construir para su amante. Una casa en un rancho fantasma; ahí había tres viviendas y tú morabas una de ellas. Otra estaba ocupada por ancianos que esperaban a que sus hijos volvieran del país del Norte, y la última era delta de espíritus aciagos que gritaban como desde una lágrima. Que habías enloquecido, eso dijeron. Que tal vez una maldición de la hierba, una enfermedad que también tenía tu madre. Te lavaron la cara con sal y te aventaron ahí, con la cara morada, durante un año que nunca volvería.

EN EL VIENTRE SIN OLAS
DEL VACÍO

Amnios

Hay casas que te hacen esto. Te agobian, te embrutecen. Hay casas así. Nadie sabe lo que ha sucedido antes en ellas. Casas como ésta, en la que deambulan voces de viejos que siempre han estado en cama, que siempre han sido viejos; casas con crujidos del mar abriendo las montañas, de viento mostrando su ruido de alma indefinida. Casas donde el cuerpo del cautivo estará solo, absorto en el ritual del corazón y en la memoria. Pero en la rutina de cuidar que el estómago no se digiera a sí mismo, que una idea no se confunda con una evocación, que soñar no sea confuso, siempre se puede estar a solas, porque todos tienen miedo de entrar en casas como ésta: habitadas, por ejemplo, por una niña triste y por una muerta en llamas.

Corion

Hay casas que te hacen esto, te avientan al calor de una idea peligrosa, te agobian. Hay casas así y nadie sabe lo que ha sucedido en ellas: niñas que llaman a sus muertas, que abren para ellas sus manos muy ligeras, desnutridas, manos que responden extendiéndose desde un mundo que parte, que se aleja, manos que se estiran sobre otras manos y con ellas mundos y muros que se derriban. Manos así: solares. Manos en las que pulsa una sangre antenatal, latiendo como una floresta.

Comida en la puerta al mediodía, una sola comida: frijoles, una salsa picante con sabor a espinas, tortillas que humean como los sueños. Y en los sueños la madre que todo el tiempo tiende su mano como una santa.

Alantoides

Águeda tiene el cuerpo plano y liviano. Águeda no tiene derecho al día, tiene derecho a la casa en obra negra, a una comida, a una esquina donde orinar para recordarse.

Camina tocando la aridez del cuarto. Unos días el agua se infiltra y la pared se humedece: al tacto de sus manos se encoge la piel de alguien nacido viejo o la corteza eficaz de un árbol prístino.

—Hola, madre.

Una casa donde no existe el temor a perder la cordura por hablar con la mujer solar que no parte. Parece que el estómago se está digiriendo a sí mismo. Parece que una verdad es asombrosa luminaria.

—Dónde está tu cuerpo, madre.

Hay casas así; hombres que mandan a construirlas. Verdades que alumbran con el fuego de las muertas y con esa invisible fiebre los señalan.

Cordón umbilical

A través de una ventana se puede ver a los niños andando, no se detienen. Águeda arrastra por la casa su cuerpo, Águeda duerme cerca de los campos verdes de cáñamo y de los rojos campos ocultos; come a las doce (ella no sabe que son las doce) lo que le han dejado en la puerta. La comida ha recogido el sabor del sol. No hay espejos en la casa, pero ella orina en el piso para poder recordarse. Cuántos meses han pasado. Cuántos días. Cuántas horas. Cuántos segundos corren sin volver, sin alargarse. Esta casa la embrutece, su olor a húmedo, a reino sepultado por la lluvia. Águeda sonrío con su pensamiento.

—Hola, madre.

Su madre en llamas la alumbró. Las ideas siguen la silueta de los trópicos. Las ideas viven y sólo por eso ella late y tiembla.

Con la cara contra el suelo explora la respiración y el jadeo. El suelo devuelve un vapor de beso y ella mitiga ahí una extraña sed, una sombra en ella se refresca.

Alguien le tiende la mano.

—Levántate.

La voz es el sonido de un hueso remolcado por la noche. Águeda da la espalda a esa masa que surca la calma, aunque después de una breve demora se vuelve, tiende su mano y empuja su cuerpo hacia el vacío. Entonces cae, sigue cayendo, pero el suelo detiene lo que sería caída perpetua, la tierra interrumpe su desplome sibilante.

Alumbramiento y llanto

Esa casa tenía la oscuridad de un vientre. Siempre la traspasaba ahí el ansia de la gestación; la noción, todavía hoy sin nombre, de desanudarse: la angustia de su propio alumbramiento. Ahí descubrió que la sensación de vida no era, por estar vivo, inmanente. Sólo en esa casa, un gran pozo de silencio, algo tan esencial era puesto en evidencia. Ésa era la verdad que la alumbraba. A cualquier hora podía aparecer el espanto y para no acobardarse se besaba la piel agreste de las manos. Poco a poco iniciaba su curiosidad, ¿saldré de aquí mañana? ¿Qué le pasará a mi cuerpo, que es como el cuerpo de otro, pero todavía se siente? Al día próximo algo cambiaría. Ese día llegaba y parecía ser el mismo, pero ella salvaba los detalles, pequeñas cosas: un animal comunicándose, un insecto cantando distinto. La curiosidad, esa curiosidad para pequeñas certidumbres, la mantenía siempre más allá de su deseo de romperse la cabeza contra la pared con la que, como una niña, ensayaba a veces un amante.

Esa casa era la noche misma de su cuerpo. Adentro como afuera, todo era regido por el silencio. Pasaba largos días pensando que la medida de su sangre calibraba las corrientes de agua y el sosiego

con que el suelo absorbía su orina. Largos días amando los sueños que prometían el vuelo (la gravedad parecía alejarse de su cuerpo: esa casa era la desnutrición, la anemia). Su padre la había puesto ahí para golpearla con hambre y apatía. Ese lugar era el espejo mismo de su gestación. Ella crecía ahí, adelgazando, como trece años antes lo había hecho en el cuerpo de su muerta. Esa era la verdad: esa casa era el vientre maldecido de su madre.

Lactancia



El horizonte se ocupaba con las sombras de lumbre de las bestias. Se descolgaba el sol y con él nosotros y los niños llenábamos los caminos. Todo el día tronaban las rodillas de los caballos en todas las cosas; todo el día los caballos de las cosas; todo el día las cosas, sus caballos. Los niños llenaban los senderos, las escuelas se habían vaciado y esa noche, como cada cosecha, nuestra ruta tenía el olor de esa hierba. La hierba que enorgullecía a mi marido. La hierba que le había dado la cadena de oro que abonaba semanalmente, los zapatos, una amante, esa procesión de niños en la noche. Ellos y los ancianos eran guiados por mí hacia la bodega. Ahí esperaba mi marido mientras nosotros hacíamos su trabajo. El enorme niño en mi vientre me bebía, pero iba muda. Íbamos sigilosos los ancianos, los niños, yo.

Nadie me dirigía la palabra si no lo necesitaba. Recibían la paga de la mano de mi esposo, en la que se secaban las llagas de un duro trabajo ya casi olvidado, y se iban. Trabajábamos todo el día. Los niños más pequeños, los de manos más tiernas, se herían las primeras veces con el filo de la maleza, pero trabajaban igual, duramente.

Por las noches caminábamos llevando la hierba con ese olor que espesaba el monte llenándolo de soldados. Ellos veían a los niños, a los ancianos, a la mujer embarazada que iba al frente, y desaparecían.



Todo el día desbocaban los caballos en todas las cosas; todo el día los caballos de las cosas; todo el día las cosas, sus caballos, porque una noche, Dios sabe qué fue lo que pasó, los soldados dispararon. Entonces ya no estaba encinta y temía menos por mi vida. Bajé del caballo, que era en realidad una mula vieja, como todas las bestias a las que llamábamos caballos en este idioma de acero y hierba con que a veces nos gusta engañarnos. Los ancianos sostenían a un niño alto, bastante alto, tenía en la cabeza poco pelo y en su cuello corría la tonada de la sangre. Nunca parpadeó, parecía un fiero girasol y un devoto de la muerte. Nadie intentó detener esa tonada que nos ensuciaba. Sabíamos que estaba mejor muerto.

Los soldados hicieron rugir la hierba y desaparecieron. Ése fue el precio y ése fue el niño que tuvo que pagarlo: el niño que no cerraba nunca los ojos. Yo lo había cuidado algunas veces, era un huérfano de venas espesas. La mirada siempre roja, siempre seca. Ésos fueron sus ojos, abiertos, aún empachados de todo. Y nadie pudo cerrarlos.



Yo cuidé algunas veces al niño que no podía cerrar los ojos. Su padre había muerto porque mi esposo lo había matado. La mujer se había ido al país del Norte y no había vuelto. Ni siquiera se sabía si había llegado. Cuando mi esposo no estaba yo traía al niño a casa. Siempre se quedaba dormido. Ni cuando dormía cerraba los ojos. Los tenía rojos de resecos y nunca sabías hacia dónde miraba. Mis hijos lo molestaban sentándose junto a él mientras dormía. Si el niño suspiraba, todos salían corriendo. El niño que no podía cerrar los ojos despertaba y los miraba irse gritando. Ahí se quedaba: en la misma posición durante horas.

Un día mi marido volvió y lo encontró durmiendo con las pupilas al aire, como llanos. No dijo nada. Desde entonces lo dejó comer algunos días en nuestra casa. Un plato de frijoles y agua, decía mi esposo, para el idiota sólo frijoles y agua. Luego lo mandó con nosotros para cortar la hierba, para saber guardarla. Yo no intenté evitarlo. Sus abuelos no pudieron evitarlo. El niño era muy grande, más grande que otros niños de su edad. Sus manos enorgullecían a mi marido. El niño a veces corría

sin dirección hasta chocar con algo y detenerse. Y esa noche, como tantas otras, corrió, corrió para adelantarse y un balazo lo detuvo.

Mi esposo dijo que era de los que habían nacido sólo para la muerte.



Ella cree que le canto con susurros una canción que nunca conocí:

*“Duerme, duerme, negrita, que tu mama está en el campo
trabajando, sí, trabajando sí”.*

*Esta voz es la voz con que ella quiere que le hable. Este fuego es la luz
con la que ella me busca. No reniego: vibro en este brasero como en un
mar puntual. Me encubro y anido en su fiebre, la arrullo con mi nueva
sangre, fuego, pulso de arcilla. Canción antenatal, mi amor, mi muerte,
mi largo viaje.*

Debía dejar secar sus ojos, abrirlos, descifrar su carne en el silencio y no llorar.

Recordó al niño que cuidaba su madre, el niño que no podía cerrar los ojos. Alguien le había dicho que no podía porque tenía agua en la cabeza, pero cada que Águeda hacía un cuenco con la mano y la ponía junto a su propia oreja, ella también la escuchaba.

Ese niño era muy alto y su cabeza era larga, sin pelo. Entraba a verlo a escondidas si él dormía. Sus ojos siempre estaban abiertos y sus pies llenos de tajos. Águeda invadía sólo cuando el niño roncaba, de otra forma quizá él estaría despierto, pero mirando fijamente el techo con la postura de un durmiente.

Ahora que estaba sola los insectos tenían ruido de bestias, pero si en el insomnio ella se rendía al miedo la noche permanecería por días. Ignoraba los alaridos y a los pelones que gritaban desde la casa vecina moviendo como agua sus pómulos blancos.

El niño. Costaba distinguir su sueño de su vigilia. Cuando roncaba, ella notaba toda el agua: su ruido era gorgoteo y se le hacía una burbuja de baba entre los labios. Qué pasó con ese niño al final. Un día dejó de ir. Se habría muerto. Sí. Quién puede llegar a viejo sin haber podido nunca cerrar los ojos. Por eso, en la oscuridad de esa casa en la que la había encerrado su padre, para llegar pronto al final o para no llegar nunca, Águeda se obligaba a ser la fiera vigía de su cuerpo.

El despecho: la mujer isla, la nadadora nocturna

Él mismo era la barca y él remaba.

MUSEO

“Leandro y Hero”

Mi madre me separó de sus senos para alimentar a los hijos que vinieron. Lo sé, pero no lo recuerdo.

Hasta ese día nada volvió a reunirnos:

En su boca brillaba el encaje del cielo. Era mi madre pero le tenía miedo.

—*¿Sigues ahí, madre?*

Ya no olía como siempre, a ese tufo de leña, pero me tendí junto a lo que quedaba de ella y la abracé hasta dormirme.

Repasé el vacío, la cañada con sus flores de víscera, los veneros. En mi sueño ella era una isla, una lejana isla. Yo iba hacia ella, pero una a una mis lágrimas la fueron alejando de mí. Las lágrimas se volvían leche, brotaban también de su pezón como semillas, se volvían pústulas, explotaban. Toda la leche era hueso de pronto,

mi madre, pecho y tumba, cantaba en estallido: Un día moriré y estaremos a mano, porque voy a ser abono para la paja que coman tus crías.

Mi madre: pezón de negra fruta, semilla para el precipicio. Nadé hacia su esqueleto de leche, nadé sin miedo, aunque la noche estaba oscura como un voladero nadé, guiada por el albor lácteo de sus ámpulas. La noche era un embudo, un ombligo.

Al despertar perdí lo que había ganado en el sueño, lo perdí todo. Pero entonces, recuerdo, me pegué a las ruinas de mi madre y dormí, dormí más cansada que nunca.

Recuerdo que mi madre tenía la cabeza siempre puesta en una isla. Una lejana isla. Recuerdo de mi madre sus negaciones y sus juramentos, el momento en el que mordía la hostia y la escupía fuera de su boca para dármela a escondidas.

—Éste es el cuerpo de Cristo.

Recuerdo que amó a un solo hombre: mi padre, y entre ellos los besos siempre fueron invisibles. Recuerdo los ojos de mi madre quemados en el bosque cada que miraba por nuestra ventana. Sus pezones eran lo más parecido a un cuerpo, de reojo los veía asomar entre el agua del arroyo mientras cuidaba que no fuera vista.

Las noches eran muy largas, sus manos eran muy largas. Me golpeaba la noche, me golpeaban sus manos.

Luego el agua olvidó llenar nuestro arroyo y yo me arrullaba viendo a mi madre dormir. Después miraba por nuestra ventana. No podía distinguir el cielo. Desde ahí, la idea de lo negro era vasta.

Recuerdo de mi madre que su cuerpo saciaba en mí la idea de la carne. Era una niña y no necesitaba a nadie más. Recuerdo de mi madre los golpes, los puños levantados, el sabor de su pan horneado en el adobe. Recuerdo que doraba gusanos en un comal, que tronaba con sus manos los cuellos de las gallinas; recuerdo que muertas se sacudían y dejaban caer una llovizna de agujas blancas.

Mi madre me encerraba porque me había descubierto llorando. Mi madre era hermosa. Se trenzaba el cabello frente a nadie. Oía siempre a leña, a lama de arroyo y a cenizas. Mi madre nunca se elevó por un amor ligero, a mi madre le pesaba el amor, la apuntalaba a la tierra. Ya ni siquiera soñaba. No podía soñar mi madre. Su cuerpo estaba orientado al suelo, miraba por la ventana con la cabellera cruzada en su pecho, en una isla, y se dormía.

Tal vez amé a mi madre sólo porque me parecía bella, quizá amé a mi madre tan sólo porque yo latía dentro de su herida, donde me acunó después de ponerme dentro.

De mi madre pienso en sus ojos que eran las piedras de mi mundo. De mi madre pienso en la quebrazón de huesos de las cabras, en los ojos húmedos de sus animales muertos. Ella adelgazaba la cecina con sus palmas para que mi padre masticara menos y bien pudo haber mordido por él peñascos enteros, se pudo haber tragado por él todos los riscos, todos los cuernos de chivo, todas las balas.

Mi madre tenía fe pero escupía la hostia para que yo probara también el cuerpo de su Cristo. Tenía fe, y tenía miedo, no cabe duda, de Dios y de mi padre. Aun así, mi madre me abandonó al beber remedio contra plagas, mi madre me heredó cicatrices, mi madre. No entendía sus premoniciones, tenía los pies cortados, los huesos divididos. Se sentaba a adelgazar con su sudor la carne extensa de las cabras.

De mi madre recuerdo su sonrisa de dientes cariados. Recuerdo que se sentaba lejos de la cocina a comer discretamente un taco. Que servía y se retiraba, y el único trozo de carne era para los hombres. De mi madre recuerdo que se lamía los dedos después de tender la carne en la sartén, que hacía el amor a pesar de todo, y en su rostro nunca era difícil distinguir la risa del llanto. Recuerdo que mi padre era una sombra que la atravesaba y desaparecía. Recuerdo que me contuve decenas de veces de bajar de la litera y abrazarla como quería que me abrazara, pero me daba miedo su furia, sus celos, me daba miedo mi padre desnudo.

En la litera me sentía una mujer del cielo. En la litera, sobre el cuerpo de mis padres, en la litera, junto a mi hermano, supe que el orín iba a vaciarse rojo ese verano.

Me sacaron del cabello al patio y me hicieron lavarme las entrañas. Mi madre me miró por primera vez con miedo hondo, la muerte le paseaba en la cresta, la espina humeaba ya en su hueco, la cabellera, recogida en una trenza, empezaba a mojarse en el mar de su muerte.

Siempre gritaban las aves insomnes. Las mismas que escucho ahora, a salvo de mi madre. Detrás de la ventana no había nada. Las estrellas no eran nada, el cielo no era nada, el olor a monte no era nada. El tiempo pasaba lentamente bajo la luz estrecha de una vela.

Recuerdo esa noche el olor a cabello de mi madre. Mi padre dónde estaba. Ella miraba por la ventana y se sujetaba a las suposiciones hasta descorazonarse. Con esa furia comía, con esa furia bebía, con esa furia amamantaba, con esa furia me miró a los ojos cuando en su cabeza vi sentada a la muerte. Sacaba el pecho de la armadura y alimentaba a mi hermano.

Aunque tenía la cabeza sometida, mi madre, que no soñaba nunca, soñó esa noche. Me lo dijo: Las sombras perfectas de unos niños tomados de las manos. Ese día sus ojos me miraban anillados por monstruos, y aunque no lloró, vi en sus ojos extenderse las garras del agua.

Yo no tenía niños cómplices.

Risa, lenguaje

Un día encontré a Pedro. Él pasaba frente a nosotras. Yo no quise verlo, pero lo vi. Volvíamos a casa a través de la noche en que gritaban las lechuzas y entonces descubrí su canto. Una canción sencilla, la más sencilla, un canto blanco como una muela. Descifré el mensaje.

Detrás de la ventana latía el olor a loma y las estrellas estaban ahí, envueltas en la sordina del sueño. El mundo se repetía para mí incomprensible. Pero al fin escuchaba, escuchaba los aullidos, y te escuchaba, Pedro, corriendo con tus canicas contra el ruido de los árboles que —desde entonces no tengo duda— están vivos.

Pedro:

Mañana en cada ojo crecerá un plantío de esta misma hierba, pero te estaré besando. Que atraviere tus ojos un rebaño de bestias taciturnas, que atraviere los ojos de ambos, que el deseo surque las manos con las que nos tocamos y ponga en ellas nuestros cuerpos para saber curarlos. En este siglo de leyes y de tiempo, bajo esta hierba que crece al viento y nos empuja, este rosal de días, de años, donde estaba antes de reconocerte al fin se ha secado. Creo que he vencido. Creo que el abuso, la tempestad, mi antigua imagen dejan de ser incomprensibles. Entiendo todo, lo veo todo. Cierro los ojos en ti y miro las quemaduras de esta piel abundante. Miro las heridas de tu piel abundante. Nuestros huesos siempre serán de niños, pero mi piel contigo es la larga superficie de la sangre, abundante, abundante piel que se extiende para tu tacto. En tu cuerpo, los huesos de una pequeña. Yo corriendo en días sencillos se despiertan.

Me haré caer en ti, me haré invisible.

Pedro:

Es por ti que los pájaros salen también de noche y siguen sucediendo las flores hasta en los días ordinarios. Sigo sin desear morir. Esta noche la fatiga no existe, esta noche sólo crece en mí la espuma del delirio y no quiero pensarlo, pero lo pienso: si faltaras, entonces sí, cerraría los ojos. Si te fueras, a dónde llegaría. Porque no seguiría en tus ojos esas flores solares ni seguiría los rumores de los animales tras los muros que me hacen sentir acompañada. Paso el día registrando en mis manos las líneas y en ellas el gesto tan simple que es deponer las armas. Mis manos tienen su propio lenguaje, líneas, mapas que señalan los caminos que se han tomado, que deberían tomarse. No sé leerlas. No sé leer la escritura de tu sangre sobre tu piel ni tus arrugas de niño.

La siguiente vez que te mire pondré en tus manos estos cabellos, estos aullidos, el vaho de mi boca regará tu boca. Apenas si nos hemos tomado las manos la noche se ha vencido al viento. Aquí, encerrada, lejos del mundo y de su gente, te recuerdo bien. Al menos todavía te tengo a ti y los dedos que me extiendes debajo

de la puerta. Tengo los dulces que arrojas. Cuando salga de aquí estaremos juntos. Encontraré un lugar para nosotros. Nadie más vendrá: ni mi padre. Ni la muerte vendrá, Pedro. Van a ser días donde el sonido del mar que siempre sueño va a despejar los gritos de mi madre.

Esta noche tu nombre levanta al mundo. Esta noche estoy lejos del hábito de la muerte.

Ella tocaba las piedras del cimiento y de las piedras surgían unas manos que tomaban las suyas. Unos ojos minerales se movían siguiendo su pulso. Todo lo que no habrían presenciado esas piedras: le dejaban ver, con su temblor, las lomas y las tormentas de viento. Y en las manos las serpientes azules tronaban. Y en las manos la sangre corcoveaba dentro de la tenue piel de las venas. Ella vivía el remanso de las calles, el latir transparente de los muertos. Las piedras decían su nombre: me llamo tal, he visto aquello.

Para que una piedra mire es necesario que toque algo vivo: leen en el pulso del mundo. Así la casa entera se estremecía mirando en Águeda. Y en ella se enunciaba la tierra y sus adormideras cercanas. Eso era *su* libertad. Las piedras la dejaban mirar y en el mundo de lo pétreo su amor le tocaba los cabellos; el amor y sus rondas de niños. Las piedras dejaban mirar el beso a los pies de la corriente y el fuego que fuera de ahí ardía todas las noches.

INCLUSO CUANDO CREÍA QUE
HABLABA SOLA ESTABA TENIENDO
UNA CONVERSACIÓN

Cada animal tiene su propio canto de dolor.

WAJDI MAOUWAD

“Ánima”

Los niños borrachos ya tenían perdón de todo porque se ganaban el alcohol con el que envejecían y se ganaban también los dulces para emborracharse más aprisa. Pedro era uno de esos niños. Pedro era un campesino nato. Removía la tierra para encontrar la frescura en los días de sed, removía la tierra para encontrar calor en los días de frío. Buscaba las flores que más le gustaban y al encontrarlas, desquiciado ante la belleza de una las arrancaba todas. Luego las flores se secaban y Pedro hacía una procesión con las hojas muertas e iba a tirarlas cerca de sus ramas. Culpable, se pellizcaba Pedro, se mordía los brazos. Y se quedaba mirando las flores muertas que habían tardado tanto en crecer a pesar de la escasez y del mal tiempo. Sentía que se había muerto un poco, que todo lo que destruía lo cambiaba. Entonces tomaba un brazo de otro árbol y le hablaba mientras lo sembraba lejos para que nadie se afanara en destruirlo cuando fuera fuerte. Y cuando iba al arroyo traía agua para su madre y sus hermanos y para cada brazo de árbol que compensaba su impulso de quitar las flores de su rama. Un buen jardinero, Pedro. Con el cuerpo pellizcado y culpable y un dolor hondo, como un ansia, como un respirar y ahogarse, como escuchar su propio corazón pero querer silencio. Pedro se miraba las manos y

entraba con el aire la sensación de un ojo que se abría, de un cuerpo entrando dentro de su cuerpo, reventando un Pedro a otro Pedro, y cientos de Pedros deseando y pidiendo, cientos de cuerpos recal-cando una vida simple, finita. Cientos de Pedros persiguiendo ani-males y recogiendo hierbas para comer los días siguientes. Todo multiplicaba también el hambre, el dolor de las manos abiertas, hinchadas y dolidas. Pedro respiraba un aire frío, se mecía; su cuerpo pudo haber tenido la misma temperatura de la hierba y sen-tía que estaba a punto de convertirse en árbol. Tomaba sus canicas, Pedro, iba cantando por el camino.

Un ave canta contra el mutismo de los
árboles que, es obvio, están vivos

¿Has oído hablar del ave
que vive en el sur,
el fénix que jamás envejece?

CHUANG TZU
“El búho y el fénix”

El ave es un pedazo de cielo que entra por los ojos, se queda ahí, creciendo un tiempo. Habla, cuenta historias, vive en el sueño hasta quebrarse. En su estallido el ave salva al durmiente. Él despierta para siempre aunque esté muerto y ella se extiende otra vez en su propia naturaleza.

El ave que me canta en los sueños no ha conocido el tiempo. Tiene una voz, una suerte, mi propia angustia. En el ave nunca es de noche, brilla como pieza de plata, va hasta el cuarto donde la sangre de mi madre humea, donde la sangre de mi madre se curva, y esa agua que trae naufragios se detiene. Esta ave es el pedazo de cielo que me ha entrado por los ojos. Me trae del fondo, me levanta. Me levanta el cuerpo con su pico como si fuera un cabello. Bajo la sábana, lejos del ardiente sollozo de mi madre, el ave se guarda en mí y entona.

Primer canto del ave

Era de noche cuando el pescador escuchó que se movía el follaje del mar. Qué gran estrépito. Dormía ebrio en la orilla, pero se levantó y se acercó al agua, algo movía sus escombros. Lejos, más lejos de lo que parecía, cinco narvales cortaban el agua con cuernos plateados.

El pescador contempló la escena unos minutos. El pescador corrió a su barco.

(La madre acunaba en sus brazos la arena. Y qué es la arena: piedras multiplicadas en el golpe vivo del mar. Y así acunaba, como a miles de niños en el pozo de las mareas, como a miles de montañas trituradas por la transparencia, como a cientos de miles de peces bebidos por las calderas. Y la arena que es la arena es la arena, es la arena, son los cientos de miles de huesos de hombres desterrados, huidos, y la arena es el vitral triturado, también el pulso vuelto polvo marino, la arena es la piel que se ha olvidado de la herida, y la deja mecerse, crujiente y húmeda en la superficie de la tierra.)

Siendo niño, el pescador borracho de la playa escuchó de su madre que las bestias con un sólo cuerno alojado en sus frentes eran curativas. Era niña la mujer cuando leyó en un libro de textos escolares la historia, pero se la contaba al hijo cuando la fiebre no le pegaba en los riñones. El niño pescador se había obsesionado con la idea de encontrar una sola bestia, una sola, para salvarla y quemar de una vez la cifra que había decidido la muerte para ella. Para no cansarse, para no enloquecer, inventó el juego de caminar todos los pueblos posibles, pero tuvo que volver a casa para enterrar a su madre.

(Y qué es lo que acunan los muertos cuando no parten: arena. Acunan arena como a millones de pequeños hijos que les duelen. Incontables y diminutos, los granos son hijos de las conchas del tiempo, de los ahogados que se fosilizan, de los cuernos de las cabras que caen de las montañas.)

Después del estallido de la pólvora negra, los cadáveres se quedaron en la playa, embestidos por el agua de sal y por su propia sangre. El pescador arrancó los cuernos y los molió. Todos convertidos en polvo se pusieron en sobres que anunciaban: “Antídoto universal”. Algunas madres compraban para darle de beber a sus niños —niños hidrocefálicos, niños con cordón enredado al cuello, niños de embarazos prolongados— cuando estaban en el vientre. Y los hijos nacían. Se salvaban. Pero crecían, corrían al mar con el alma colmada de agua y desaparecían.

(La madre acuna a sus hijos muertos y diminutos como el mar acuna su arena. Dos niños y sus sombras pueblan la playa. Un niño recoge en una playa un pedazo de hueso. “Es de tortuga”, le dice a su hermano, y siguen caminando mientras el agua les brilla hasta las pantorrillas. El más pequeño mira el hueso a trasluz, el hueso comparte su blancura con la arena. “Es de mujer”, dice el niño, y el mar se agita igual que siempre y ningún pez ni un hombre se conmueven.)

Segundo canto del ave

En una tierra más árida que ésta el polvo hacía ciegos a los hombres. Una ciega albina los curaba. Al nacer habría reído, pero la deslumbró la dureza del sol y antes de que titilaran las estrellas sobre el pueblo, la hora favorita en esos largos días de no hacer nada, ya era ciega. Una canícula, el sol incendió su casa y descubrió que a través del fuego sí miraba. Llenó los escombros de veladoras y entonces divisó las siluetas, el andar de su perro, el paso leve de un ave, el lugar de la casa donde no rebotaba la sombra del viento.

Habitó los escombros y amontonó su mundo extraño en el vacío. Formó delicados conos de parafina, destapó los lagrimales y limpió los párpados de los que aún podían salvarse. Diariamente una fila de mujeres y hombres cansados se acogían al gran ojo del cielo que hablaba a través de la ciega albina. Eso decían, que era santa la ciega albina. Y por eso todo hombre la tocó sólo como si fuera a romperse.

Después de curarlos y hacerse mirar por todos, la ciega se durmió y se durmieron el árbol que creció después de los naufragios, un cordero cansado y un recién nacido que bebía del pecho de su madre. La ciega se durmió y tardó años en morir, era como el niño que crece y respira, pero va al ocaso. Todos lo vieron: la muerte le llegó céfira como un silbido.

Tercer canto del ave

(Todo lo que destruyes te cambia.)

La lluvia fluía en un perro sucio que escuchaba con miedo las balas. La lluvia mojaba a los hombres que asían a los hombres contra los árboles y mojaba también el bulto de ropa ensangrentada. La lluvia levantaba el sonido de las hojas, la tierra agrupaba agua-carne y las almas de las cosas devastadas.

Por qué seremos tan quebradizos.

Silencio, ninguna rama vibraba al tono mismo del universo.

Ningún animal, en ningún sitio, podría haber cantado ese segundo en el que todos callamos.

Pronto se hará de día. Las gotas se detienen del terciopelo de las

[rosas,

se detienen

en la frente y los vellos finos de los muertos.

Pronto se hará de día. Saldrán otra vez las mujeres con sus picas,

saldrán los hombres. Hallarán junto a este sembradío de milpa el bulto de ropa ensangrentada y enterrarán su pica como lanza hacia la tierra.

Quien los viera a los lejos pensaría que se trata de jornaleros regando semillas para cultivar algún fruto de la zona. No obstante, se trata de familias que hurgan en los suelos para hallar a sus muertos.

La tierra caliente sublima la lluvia, el sol seguirá girando como una tuerca alrededor de la muerte.

La punta de la pica tiene olor a muerto. La lluvia entra a la fosa y riega huesos como a semillas trágicas.

*Buscamos un brazo
una cabeza
una pierna
lo que sea.*

Hundan sus picas en la tierra removida, húndanlas hasta donde se pueda.

Los hombres cavan, las mujeres cavan, siguen cavando. Algunos buscan en el bulto de ropa el último atuendo que vieron en sus hijos. Los responsables de esta flora silenciosa patrullan, patrullan, siguen patrullando, en una nave pintada de follaje.

Cuarto canto del ave

Eran los últimos tacuates y vivían en el barrio La Muralla. Caminaban todos vestidos con túnicas que las mujeres se tardaban años en hilvanar y le temían a los relámpagos. Hasta la sorda escuchaba los relámpagos, retumbaban en su malar y tenía miedo. Ella, de nervios, se cortaba el pelo a mordidas, se quedaba quieta y luego simulaba con su cuerpo una batalla.

—Los brujos, los brujos —dijo alguien en español.

Cayó el trueno desatando flores en el aire caliente. La sorda lo escuchó con sus huesos.

Los niños que jugaban en la calle no corrieron. Eran los que se atrevían a salir del barrio hacia el pueblo mestizo a comprar dulces y se sentaban bajo una cortina a mirar dentro de las casas donde las parejas discutían con la puerta abierta por el calor. Así habían aprendido el poco español con el que hablaban: un español lleno de insultos.

Los niños se miraron, vacilantes.

—*ÿyo iin kuayu Chi'o.* *Había un caballo con nosotros.*

Comentaron

—*¡Nd?'o ra!* *¡Lo vimos!*
—*Ndicha kiti uva.* *Un verdadero animal amargo.*

Ahí, en ese instante, en el fondo del barrio, cerca de los maizales, se escuchó corcovear a un hombre. Era Romualdo, sostenía su oreja con la mano. Pasó corriendo junto a los niños, con la cabeza abierta y a la vista el caracol de su oído.

Gritó:

—*¿Niyi ja'a yo vitin?, ti vàchi nuu yo iin kiti xaan. Rakan. Rikan,*
yakán.
¿Qué haré yo ahora?, porque un animal bravo viene hacia mí. Ese
hombre. Ese animal, ese diablo.

Detrás iba una alta figura encorvada, batiendo el aire con el filo de un machete. Y Romualdo, moribundo, perdía el equilibrio a cada paso mientras gritaba:

—*Kiti uva, kïu kakunui chi'un vati iyo inga ña ni ja'i.*
Animal amargo, no puedo pasear contigo porque hay otra cosa
que tengo que hacer.

Desesperado, uno de los niños gimió al aire:

—*Kiti, chani ku'un ra chi'un tikan chiña.*
Animal, ya va contigo adonde estás.

Y Romualdo cayó metros adelante.

Alguien preguntó:

—*¿Nda nuu kuà'an ra Romualdo?*
¿A dónde fue Romualdo?

Al caer el muerto, en uno de los niños de vestido blanco una gota de sangre saltó formando algo como un caballo diminuto, enfilándose junto a los otros animales que había bordado su madre.

—*Iti nui yòso nuu ra kuà'an ra.* *Él va delante de mí.*

Aullaba ese niño.

Quinto canto del ave

También los muertos sueñan. Los muertos nos sueñan, sueñan vivos en vuelo y a otros muertos navegando en pedazos de ceniza, corazones caldeados en los úteros.

El cuerpo de una madre no aparece; una niña sienta a un niño en sus piernas. Más huesos se suman a la arena. Las ciudades siguen en el estupor, los geranios siguen floreciendo en sus macetas. El panteón se llena, caen los árboles.

Piensa: este dolor pudiera ser la mirada de un ave que te mira junto a las cosas que han sido devastadas: un bosque, una ciudad enquistada entre huesos.

Puede que tu dolor fuera un animal vivo, porque a decir verdad estamos atravesados por otros seres vivos.

Puede que tu dolor sea un muerto que te está soñando, que sueñe con un niño sentado en las piernas, un niño al que aprietan

mientras temen que lo traspase algún animal atroz o el gen de la guerra. El niño pesa tanto como una paloma y en la ciudad las patrullas bombardean luz desde las sombras.

En la guerra una mujer busca a tuestas su sangre. En la guerra la mujer encuentra y no es su cuerpo el que sangra. Pequeños triunfos tiene la guerra.

Piensa: puede que tu dolor sea porque un animal atroz te está soñando. Piensa: puede que tu dolor sea porque patrullas irrumpen al sol y hay lagartijas aquí y allá tomando el sol entre la carne.

Despierta, Águeda, que te mira un caballo y su espinazo es la noche.

Las espuelas que hacen cantar de llanto
al hombre y al caballo

A Nano, a Silvio

El ejército significa jóvenes campesinos de uniforme,
armados y dirigidos por hombres diferentes.

THEODOR SHANIN

La clase incómoda

Él también tuvo hambre y alguna vez robó comida. Pero una cabra, lo bien que les hubiera venido una cabra: un poco de leche bronca al despertar, un plato de comida que lo dejara satisfecho.

Salió del pueblo a la ciudad de la burla, creyó que se hacía fuerte y se enlistó, se puso el traje de la hierba: un algodón duro en el que no entraban las espinas.

Iba recitando siempre su salmo marcial: *Usaré el cabello corto, la barba rasurada y sin patillas. Cuando transite en vía pública mantendré la cabeza erguida, no me desabotonaré la guerrera, no leeré ni llevaré las manos metidas en los bolsillos.*

Dios hablaba como el escuadrón cuando se alineaban perfectamente sus voces y le enorgullecía que ahí fuera también su propio clamor.

Dios podría ser Supremo Gobierno, Dios podría ser Ejército Militar, Capitán General, Dios podría ser la fuerza rugiente del plomo.

En el fondo odiaba a su Dios como los otros hombres, pero ese era un Dios sin indulgencia y en eso sólo gemelo a la Muerte.

Empuñaba su pistola para recordarse lo que la deidad en un sargento le escupía: eres alguien, soldado, eres alguien. Verdad confirmada, además, por su madre, esa señora coja que lo esperaba siempre en la puerta con una nueva dolencia, curtida en el orgullo de su muchacho recluta. El cadete tocaba la cruz que ella le acomodaba debajo de la guerrera, recordaba las manos marchitas levantándose en la plegaria: “Sé invencible, muchacho, Dios te acompaña” y “Dios te bendice y alumbra tu camino”.

Ya nunca tenía hambre el muchacho pero a veces temía. Se defendía del apocamiento recordando el día en que su ídolo le estrechó la mano diciéndole: *Buen trabajo, soldado*. Y en su recuerdo, ahí era posible, siempre cambiaba a su capricho algo de ese día: *Soldado no es mi nombre, señor. Me llamo Juan, me llamo Juan, como mi padre*; o la Gran Autoridad le estrechaba la mano durante más tiempo, o la Gran Autoridad no se limpiaba la mano en el bolsillo después de saludarlo, o ese Gran Regente al menos lo miraba a los ojos.

Inventaba que sus axilas no habían sudado debajo de la casaca y que su voz se había mantenido firme diciendo:

Necesito un aumento, señor; se me pudren de miedo los riñones.

Y aunque en el fondo de su cuerpo supiera que haber matado a un niño para colgarse una medalla no era terminar la guerra, que perder el miedo no lo haría omnipotente, persignaba su pistola y rezaba su salmo:

Por ningún motivo manifestaré en mis conversaciones repugnancia en obedecer las órdenes superiores. De ninguna manera, mientras esté en servicio, daré mal ejemplo con mis murmuraciones revelando mi disgusto; y si lo hiciere que sea severamente castigado. Jamás me sentaré en el suelo, y en todas las ocasiones de mi vida, hasta en los actos más naturales, procuraré no cometer acción alguna que pueda traducirse en el desprestigio del Ejército y el menosprecio a mi persona.

Cuánta devoción la del soldado. Debía sentir amor ciego por el animal alado que ondeaba en el satén. Ella era Dios, decía el sargento. Debía creer, así se le demandaba, que esa bandera al ondear a salvo era Dios diciendo:

*Cuando
a algún militar se le marque el
¡ALTO!
¡QUIÉN VIVE!
por un centinela,
se detendrá
y contestará:
¡MÉXICO!*

Ésa debía ser la voz de Dios o ése su nombre.

¡MÉXICO!

Dios siempre estaría ahí con un plato de comida que no sabía a nada pero que lo dejaba satisfecho. Ya olvidaría al niño con los siguientes muertos, de tanto repetir en salmo una mentira, de tanto disparar y ensordecerse edificaría su gran verdad. Gran trabajo, soldado, se decía, gran trabajo.

La muerte no turba su mirada.

RAÚL ZURITA

“Purgatorio”

Frente al agua, el caballo está quieto como una cruz apretada en la tierra. Ha llovido estos días y sus patas están sucias hasta los corvejones. El soldado le lava y le soba las sacras de color isabelo.

*Se hace el aseo general de un caballo con todo esmero,
quitándole el barro,
el polvo,
cualquier sustancia que sulfure la piel y ocasione enfermedades.*

En ese caballo había andado por las noches al acecho, un caballo que no se derribaba ante la muerte, un caballo aclimatado como él a los balazos.

Siempre que ensille, el soldado revisará previamente montura y arreos cuidando que la parte que apoya en el dorso del caballo no tenga alteraciones o arrugas o cuerpos extraños que puedan lastimarlo. Le lavará diariamente los cascos cerciorándose de que está bien herrado, de que no falsea, reconociéndole la boca para ver si sufre.

En la noche repleta de vértebras de este caballo va un río oscuro. En la noche mental de este caballo hay un recuerdo, permanece ahí como algo inaugural y hace que caiga sin ruido el llanto en sus pulmones. Vive con la sensación de esa noche helada en la que un niño cayó cerca de él y lo vio abrirse, desenvainándose algo, un vapor claro, de su cuerpo.

El soldado ve al caballo mirar al vacío en el que atisban algo también los gatos. El soldado no pone atención, sigue buscando en el dorso del caballo alteraciones, busca arrugas, cuerpos extraños.

El soldado se acompaña con su propia voz, su voz está plagada de instrucciones:

Tratándose de su caballo, el soldado no omitirá esfuerzo alguno para conservarlo en buen estado de salud, teniendo presente que en la guerra será su incondicional e indispensable compañero y que compartirá con él los peligros y fatigas.

El caballo mastica hierba, interfieren con su bocado dientes vestigiales. Mira al fondo, al fondo de todo huele, y el animal oscuro que habita en el espacio de la Muerte, un animal sin forma que cabalga, también lo encuentra. El caballo mira de frente a esa bestia de aliento sin lengua y sin garganta, mira a la multitud que cuelga de su montura. Los animales no son como los hombres. Los animales no se fían de las imágenes, reconocen algo más en lo que miran y

sienten; por eso el caballo encuentra al niño, el niño que no podía cerrar nunca los ojos, ahora con los ojos cerrados, descansa. El caballo se acerca, le lame una herida profunda, granate. Y en la herida se escucha un braceo, raudales de agua, aves alcanzando a su presa sobre el agua del mar.

Bueno, y la mujer esperaba, paciente, al hijo. Le había advertido esa noche que no fuera:

Hoy no, hijo, porque el perro tiembla y su sangre lleva galope.

Él debía entregar las cartas, sus manifiestos, pedir comida para los niños que arrancaba de las camas el hambre.

Pero hijo, el perro tiembla y un pájaro se desbandó y cayó mientras hablabas. Que no, que no, madre, es sólo que en su agua hay escarcha y hace mucho no llueve.

Se lavó la cara con el agua glauca y helada del estanque, besó a su madre. Besó a sus hijos, a su esposa, les sorbió los minerales del llanto.

Otra vez no, Silvio. Hoy quédate aquí que soñé que yo iba a la iglesia con un vestido blanco y esos sueños llaman heridas o a la muerte.

Qué soberbia creer que intervienes en el mundo, hijo, tienes una mujer y tres niños y el perro tiembla.

Pero ya iba subido en la camioneta con las mejillas ardientes por el desgrane frío del cielo. Y salieron a despedirlo, aunque a los niños los metieron rápido. Desde la batea él gritaba:

Hoy se enteran esas mierdas de traje que con todo y el hambre nos queda lengua.

Los campos se habían helado y vio que algunos prendían fuego cerca de las mazorcas. Cómo calentar todo el sembradío.

Y el muchacho se fue quedando dormido, dándose calor con el maletín de los manifiestos.

La madre esperaba, esperaba paciente. El perro salió corriendo en la espesura de la niebla y perdió en el frío el olor de su dueño. Volvió, aterido, a echarse en la espera.

Bueno, y finalmente era cierto: no duró mucho el tendón de su resistencia.

La mujer puso en las manos pequeñísimas los manifiestos cubiertos de sangre:

Déjame que te hable de mi amor, de mi amor y de su largo viaje.

Y la niña de seis años escuchó, escuchó la larga historia acerca de una muerte prematura. Qué significaba todo eso, se diría. Qué significa una trampa, la falsificación de un accidente. Quién se toma el tiempo para herir a un muchacho, y por qué la sangre cubre este maletín y es oscura y no roja, como cuando me caigo y me raspo y las rodillas me lloran.

Cuándo llega papá, preguntó.

Y la mamá, ovillada sobre el maletín, dijo que nunca.

En el panteón nacieron algunas canciones. Pero nada, ya no quedaba nada. Sólo el gran pulmón que todos eran, respirando. Y respirar hería, era el frío, era la sensación de estar ahí, vivos, entregados a la llaga. Era diciembre, los niños azulados caminaban junto al cuerpo de su padre.

Al perro se le vio morir sobre la tumba donde remolcaron una cruz de hierro con la fecha de la muerte de su amigo y junto a él se fueron hinchando en la muerte otros cuerpos y otros animales se pelearon en el lugar donde la familia y los amigos cantaron como última defensa.

Después de que se hizo todo lo que se pudo para ampararlo de desaparecer: embalsamar su rostro negro, ponerlo en una caja para que no se fuera, el muchacho fue consumido por su lecho. Y su madre usó todas las mantas donde pedía justicia (letras rojas y negras, los dibujos malhechos de un puño tenaz) como sus sábanas. Y durmió encima cada noche, venció cada día su vigor con su tristeza, esperando, esperando.

Y así él hubiera dicho: culpo de mi posible muerte a este hombre y a su ejército, así nada hubiera pasado. Sólo el dolor de los demás de ser pulmón respirando el mismo aire. Todos tenían miedo entonces, todos tienen miedo ahora. Incluso el soldado que gatea para atravesar la fisura del resguardo tiene miedo. A veces se desconoce y se teme, pero otras, las más, teme del ariete, del proyectil, del otro soldado. Podría llamarse Hombre, podría llamarse Mujer, podría llamarse Aullido. Da igual, le llaman soldado, perro, maldito, marica, entrenado para responder sin pensar un SÍ a la orden. Y en las noches cómo ser más grande que esa minúscula cama para que nadie arribe y lo toque, y cómo conservar el pelo por el que atravesaron los dedos del hombre o la mujer que amaba, cómo guardar la cabeza que puso en el regazo de un desnudo. Da igual, podría llamarse Sollozo, Roca, Gruñido, pero a veces unos le escupen las espaldas y la sangre le revienta los sueños. ¿Perderse o recuperarse? El soldado se cuelga de un dios herido, escucha las historias de los héroes triunfantes. Podría ser como un río, envejecer, pero entonces perdería el respeto en la ciudad de la burla; sin la gruesa tela que no atraviesan las espinas, más allá de su piel, una desnudez de

verdad invencible se abriría como una grieta y ahí caería para siempre en un desplome sibilante.

El canto del caballo rojo con sacras de color isabelo

El rojo es el primer color que vemos. ¿Cómo podríamos prescindir de él? Si nacemos a través de ese río de placenta y al nacer la sangre nos llena los ojos. Hombres y caballos somos bestias coronadas por la sangre en la abertura, coronados por la luz y el aire desde el momento en que el cuerpo llega. Pero ellos, los hombres, aman y son amados.

Soy caballo, nací animal y tengo la sensación de ser yo mismo como todo. No sé qué es el amor de los hombres porque siento lo mismo por cada ser y cosa que ocupan un lugar en este mundo. Obedezco al soldado no porque le deba, sino porque le temo y porque para mí él es una parte mía y yo soy suyo.

Puedo oler en los hombres esa sustancia a la que somos ajenos, la sustancia que los atrae y los separa, la que los hace decir: él, el otro; ella, la otra; esto: lo que es mío.

Para éste, para caballo, el amor es igual al odio: preserva la memoria más allá de la apariencia, más allá de la enfermedad y los confines del mundo. El amor de los hombres es una sencilla fruta de la tierra,

el banquete incomible, la barca y el esquife. Aman como los perros ladran, los gatos maúllan, como la lluvia cae y los caballos relinchan. Y es lo más duro de la tierra. Veo que el amor es la más natural de las resistencias y que, como mis ojos saben hacer por sí solos, los deja asomarse en la sensación del gran vacío.

Caballo me dicen, y yo puedo oler en ellos el deseo agresivo de ser uno y no dos, y no millones. Caballo, me dice el soldado, mientras acaricia mi crin como al cabello de alguien que le falta. Huelo su agrio sueño de hacer una alianza.

Pero los hombres sufren y gozan para hacer su historia. Necesitan decir: lo mío, lo otro, yo. Viven para contarse a sí mismos. Siempre, siempre algo que contarse mientras pasan de ser niños a ser adultos, mientras pasan de ser adultos a ser niños y alrededor las cosas nacen en las cosas que se mueren. Su dolor es proporcional a la alegría que estuvo y se fue. Su alegría es proporcional al dolor de perder lo que todavía no se ha ido.

A los caballos se nos demanda ser ecuánimes, pero a veces las patas se nos vencen y caemos impávidos ante la muerte de pequeños fragmentos de nosotros: niños, árboles, otros caballos. No puedo nombrar lo que describo, no puedo llamarlo amor o explicarlo, sólo puedo decir: no podemos permanecer inmutables a los trechos de nosotros que se van muriendo.

Canto del perro negro que mira oculto una catástrofe

Escuché de los hombres que los que mueren sin paz no mueren. Los escuché decir que a veces ni siquiera basta el deseo de morir para que se muera rotundamente. Cuentan historias de gente que todavía muerta recuerda lo que amaba, lo que impulsaba sus puños o la tripa; entonces, dicen, aletean en la matriz de la muerte, contra su pared espesa.

Otros animales dicen que los difuntos sueñan la vida en la muerte, dicen que hablan, que gritan, que los escuchamos. Que su voz es como la vibración del miocardio. Su voz es un llamado gris y nada registra sus peticiones: el tiempo no reconoce la voz de esos muertos. Parecen estar condenados al mutismo en la historia del mundo, pero logran que algunas noches huelan a su sangre. Porque, dicen, la sangre de los muertos sin paz sigue oliendo y los salvajes que fuimos se despiertan. Creo que éstos son los días llenos de ansia: se vuelca el rojo, la gente mata, la gente muere, los perros nos aventamos a las piernas de los corredores, los niños lloran y la violencia atraviesa con la fuerza de su hierro todas las cortezas.

Los perros y los hombres somos bestias, y esos días la estela del animal que siguen siendo, esa vena dura encallada en el silencio, vuelve a palpitar. Entonces los vivos quedamos expuestos, destrozados.

Yo, perro, que no lloro ni canto, sólo pienso: el amor es la verdadera resistencia, pero está presto siempre a la avería. Yo, que soy sólo un perro y miro desde aquí a las aves, a los árboles, a las madres, a los niños y a otros muertos, sólo sé que compartiré lo que hay entre el cielo y la tierra: compartiré con ellos mi tumba.

Canto de la perra ocre que oculta a sus crías

Nacidos de vientre materno, los rayos caían en el monte pero ningún sonido venía a nosotros. Eran los brujos. Las mujeres miraban hacia afuera a través de las rendijas. Los espíritus estaban quietos, inclusive yo había cesado de aullar y miraba. Los brujos estaban en el monte, la luz de sus palabras caía como sangre, pero nada rugía acá, la muerte de los niños comenzaba en silencio. A ellos los veía caer con los brazos abiertos, caían, caían sin llegar nunca, por ese intestino de luz que es la muerte. Largas horas de batalla, horas en las que el cielo se cimbra pero no suena. Esa noche cuántos niños morían. Tantos que parecían un regimiento silvestre que pujaba contra el cielo y lo abría.

Mientras los brujos empuñaban la sangre de las gallinas, las madres oraban entre las cañas.

—Dentro de poco llegará el hijo de Dios o si no cada día olvidamos.

A esa hora, los niños muertos mamaban del cuerpo del vacío, de esa masa oscura y sin fondo. Caían junto a mí. Me miraban. No sabían que estaban muriendo y sonreían.

La arena son cientos de miles de huesos
de hombres desterrados o huidos,
la arena es el cuerpo que se ha puesto
a cantar la herida

Edna

Un día vino mi padre a despedirse y dos meses después sólo volvió su quijada.

Me había pedido que lo acompañara a la estación, pero en la puerta de la casa las otras niñas estaban jugando a bordar los trajes de unas muñecas. La muda golpeaba una lata que había tenido duraznos en almíbar y parecía que el sonido la atravesaba hasta la boca y salía en un largo y fuerte “ba”, casi animal, que avergonzaba a su madre. Las otras niñas bordaban, jugaban conmigo a atravesar con las agujas la callosidad de nuestras manos y decían: *No siento nada*, entre sus risas. Mientras yo despedía a mi padre, una aguja plateada abría la última capa de mi piel y se sostenía de ahí, atravesando de un extremo a otro mi mano. Atravesaba la piel que no parecía ya mía porque no punzaba, piel muerta o dormida. Mi madre me dijo: *Deja de hacer eso que es malo*.

A veces la duda me asalta. ¿Quizá fui yo quien hizo que atraparan en la esquina de la casa a mi padre? ¿Debería considerar que atravesar mis manos con las agujas llamó algo, que yo misma inventé con mis manos un augurio? ¿Fui yo la que degolló a mi padre

por atravesar mis manos de campesina con agujas? Siento que se trata de una brujería inconsciente, que a veces la combinación de algunos movimientos nuestros da como resultado una catástrofe: meter el pie izquierdo antes del derecho en el zapato, olvidar un crucifijo en el fondo de la bolsa y que quede invertido, tirar la sal, persignarse y no alargar la cruz hasta debajo del ombligo cuando se está ante los santos.

Yo atravesé con las agujas la mano que después tomó mi padre. Me estaba pidiendo que lo acompañara a la estación. Yo debí haber ido con mi padre, pero me quedé acunando muñecas sin ojos, jugando sus párpados sin pestañas. Junto a las otras niñas no había mayor placer que jugar a ser madres con las agujas y las hijas de plástico.

A mi padre lo atraparon, lo desaparecieron.

Lo reconocimos por su quijada, la encontraron unos pastores y se dieron cuenta de que no era un hueso de animal sino de hombre. Eran los restos del hombre desaparecido, mi padre, y ese racimo de dientes que fue sonrisa fue lo único que pudimos enterrar.

¿Cómo se entierra una quijada? ¿De qué tamaño hay que mandar a hacer un ataúd para enterrar en el camposanto una quijada? Qué ridículos, todos reunidos alrededor de un pequeño ataúd al que no

sabemos si arrojarlos. ¿Debimos quemarlo? ¿Debimos enterrarlo? ¿Debimos lanzarlo al mar sin ceremonia? ¿Podemos considerar hoy, tantos años después, un pedazo de hueso el todo que nos quedó de mi padre? Todo pasó rápido, huimos casi toda la vida, hasta que un día, tantos años después, nos montaron a un avión, casi por fuerza, y estoy aquí desde hace mucho. El hombre con el que me casé desapareció en mi país un día después de prometerme que vendría. Siempre tendré la incertidumbre: ¿me abandonó o lo desaparecieron?

No hablo este idioma. No amo este idioma. Mis hijos han nacido en un país que odio. ¿Estoy a salvo aquí? Paso los inviernos queriendo volver a casa, pero allá el único muerto que me llama está incompleto: una mandíbula. ¿Por qué Dios inventa escenas como la de una familia llorando a un hueso? Regándolo como si fuera a crecer y a convertirse en un cuerpo, llorándolo, ¡ridículos! Uno se vuelve loco. Uno se obsesiona con la idea del error: ¡todo debe ser una broma! ¡Es absolutamente falso que este montón de dientes sea lo que me queda de mi padre! ¿Fui yo? Porque creo, sin duda, que hay algunos movimientos que conjuran. Pisar la raya del azulejo en el camino, matar un gato negro, ciertos movimientos con las manos que abren un umbral para los muertos. Quizá atravesar con agujas nuestras manos, quizá jugar con el párpado roto de una muñeca a la que llamas tu hija.

Me gustaría reposar la cabeza al fin. Qué cansado es llevar la sangre a todas partes.

Laura

La última vez que volví fue para enterrar a mi hermano. Lo mataron. Allá era maestra y mi esposo, el que se encarga del área de lavandería, era policía. Estoy aquí porque quería sacar de ese país a mis hijos. Cobro cinco dólares americanos por hora porque trabajo ilegalmente, pero mi regenteador cobra diez dólares por lo que hago. No me quejo. Aprendí a hablar este idioma, aprendí a dirigirme a los demás; pero no aprendí el reclamo. Si trabajo duro, el otro año me vuelven a emplear. Me dijeron que hay que portarse bien porque hay una gran ola de negros y latinos que están llegando y que pronto quizá ya no tendré trabajo. Sé que quizá no es verdad, pero necesito este empleo. Por la mañana hago camas en el otro hotel, por la tarde hago camas aquí. Me duele la espalda y una vez me fracturé la pierna lavando la tina, gasté el dinero de muchos meses de paga para poder recuperarme. Pero no me quejo. No sé quejarme en este idioma. Creo que venimos a este país a dejar nuestro sudor.

Como dije, escapamos porque queríamos que nuestros hijos estudiaran. Y finalmente allá están: la menor estudia periodismo, el mayor está muerto, el de en medio quiere ser poderoso para vengar la muerte de su hermano. Vuelvo a veces para pedirles, para

rogarles, que vengan a este Norte. No quieren y yo no tengo ya ninguna autoridad para ellos. Soy el fantasma proveedor. El fantasma nostálgico que se compra en la tiendita unas arepas congeladas y desayuna en el trabajo, directo del microondas, lo único que a veces extraña de su tierra. Mi hija tendrá pronto el trabajo más peligroso en mi país, mi hija sigue viviendo aunque yo casi no la recuerde. Que yo la guarde en mi bolsillo y la mire en los descansos la tiene sin cuidado. Pero me he obligado a pensar: si dejo de hacerlo va a olvidarme, si dejo de verla va a morirse. Le mandaré un vestido ligero y caro y un teléfono nuevo para que hable conmigo. Ésta es su foto: es mi hija. La última vez que la vi me dijo que quiere cambiar mi país porque es hermoso. Fue en el funeral de mi hermano, después del funeral de mi hijo, y le dije: *¿Crees que son perros mis muertos, imbécil?* No debía hablarle así. Le compraré un teléfono para que hable conmigo, le compraré unos zapatos altos y un vestido fresco a mi niña.

María

María se me acerca, me da la mano. Sus manos tienen cicatrices blancas que no me explico. Es como si se hubiera arañado ella misma o un perro la hubiera mordido cientos de veces sin que ella las retirase nunca. Manos a merced de las mordidas. María, ven, dime tu nombre completo. Uno de los apellidos de María es también mi apellido. A decir verdad, nos parecemos. No me explico cómo la pudieron reconocer los policías. Si nos pusieran juntas podría decir que es mi hermana, pero a ella la distingue el miedo y el acento que lucha por quitarse. Una ligera entonación en las palabras, un olor que sólo perciben los animales y los hombres que practican su lado bestia, sólo eso basta para reconocer que María no es de aquí y viene huyendo de un país vecino del que no sabemos nada. María se entretiene hablando conmigo. Tiene hijos, dice, me enseña las cicatrices de las cesáreas y me explica que son cicatrices que la alegran, que las demás, al lado, son mordidas. No entiendo. No quiero preguntarle. Un hombre viene a preguntarme algo, le pido que espere. El hombre se ríe conmigo, bromea con María, le pone el brazo en el hombro. Ella no dice nada. ¿Lo conoces, María? *Lo conozco, señora.* Hay un silencio. No entiendo, no quiero preguntarle, pero María continúa: *Es el perro de las mordidas, ese hombre me ha*

violado cientos de veces durante el viaje y ahora duerme aquí, amparado por ustedes, comemos la misma comida en el refugio, somos iguales.

No entiendo. No respondo. María se levanta la blusa, muestra su cuerpo como si descubriera el rostro de un cadáver. Desde su vientre, cesáreas y mordidas parecen otras bocas y hablan. No entiendo. No respondo. No escucho.

PRIMERA TUMBA

La noche se convierte así
en la primera tumba.

ROBERTO JUARROZ

En el Norte, el padre había aprendido a decapitar, era el rito de iniciación, de la confianza. Le daban mujeres u hombres, y el padre segaba cabezas como si talara un árbol, como si fuera la savia del árbol lo que caía en el suelo y lo ensuciaba. *Sólo son árboles*, se decía. *Sólo estoy talando árboles, como antes, como siempre*. Amordazados, pero nunca silenciosos, sus árboles eran mutilados y luego el tronco caía y no había follaje ni estruendo.

Ya se habían establecido los contratos. El padre acordó, a cambio de una suma inexacta, que en un año su hija se casaría con uno de ellos. No celebraron.

En la sierra, los huevos de las gallinas muertas se calentaban bajo el sol y salía vapor de las piedras; bajo el arroyo se vieron los candiles que enciende el día. ¿Salía de ahí la luz o era luz lo que entraba?

El padre volvió: llevaba un puñado de billetes nuevos. Al fin había comido en un restaurante. Al fin había probado el agua caliente de una regadera. Al fin, después de haber matado a un hombre, conoció el cuerpo de una prostituta. En casa, su esposa seguía siendo una niña.

El embarazo le hinchaba los pechos, pero seguía siendo una niña. Y ella, que se impresionaba con el deseo como quien mira una muralla, fue de regreso sólo un orificio tibio donde encallaba una fecunda cabeza. Su cuerpo, que antes era una estancia, era ya sólo una hendidura, su visitante entraba ahí sin contemplarse. Cerrados los ojos, gritando la niña, él iba y venía, iba y venía.

La luz del fuego empollaba recuerdos mezclados con sueños en los ojos del padre: un cerdo, dos hombres. Uno sostenía las patas y otro, el niño, recogía la sangre en una cubeta mientras el cerdo lo miraba. Luego lo enviaban a ahogar a las nuevas crías de la perra, y el niño, ese hijo amaestrado, metía a las hembras en una bolsa y en el río, sin ceremonia, las arrojaba.

Y al fin, Águeda salió al mundo y miró las cosas con sus propios ojos y no con los ojos de las piedras. Vio los colores, excesivos, brillantes, de los helechos que deshojaba. Sacó la tierra de sus uñas y se bañó en el venero. Sin saberlo, el agua llevó su transpiración al ancho mar que cubría el cuerpo de su madre. Y al fin esa extraña justicia: piel muerta, orina, lágrima, sudor, saliva, hallaron juntas el cementerio marino.

Y después vio a Pedro a los ojos, estaban quietos, a mitad de un camino, entre la hierba. Se miraban. Al fin se miraban. Y sus lenguas enviaban un cortejo fluvial y ambos estaban lejos del hábito de la muerte.

Sus manos, también sus cuerpos, ahuyentaron pájaros esa noche. Y la hierba se quebró y en ambos la sangre galopaba dentro de la tenue piel de las venas. Los caballos galoparon en las arterias, y bajo la noche, *esa primera tumba*, recargaron sus sexos en las sombras y el vaho de una boca cayó en la otra. Las piedras decían su nombre: me llamo tal, he visto aquello. Todo hablaba al mismo tiempo. Todo se desbocaba. Águeda salió del mundo y miró con

sus propios ojos un mar de oleaje impuntual y el instante preciso en el que una lejana tortuga desovó en la playa.

Dentro de ella, el hilo de músculo que se sostenía de un extremo a otro de la cadera se venció. Brotaba una sangre tierna, casi transparente, mezclándose con la saliva y la espuma de Pedro. Cabalgaban los dos un dolor, una alegría nueva. La fiebre era como una jauría de cientos de raposas tibias corriéndoles en la carne, el pelaje todo sol, todo arena. De dónde había venido la maestría en esa ciencia oscura: se mordían la boca, se lamían la boca, se prolongaban los dedos ya de por sí largos dentro de la boca. Atrás había quedado la culpa, el miedo, el entregarse a un no sé qué del que sólo sabían por rumores de niños precoces y de niñas obligadas a ser esposas. Sobre todo, sabían de aquello de lo que se evitaban nombres porque los adultos hablaban del tema mientras el alcohol se les venía encima en la temblorina de la risa y la ebriedad. Las adultas nunca hablaban del asunto, algunas veces, pocas, hablaban de no juntar los ombligos ni desnudar rodillas ante los muchachos; entonces una liviana rojura les encendía la cara y tiraban cachetadas a sus hijas, que terminaban rojas también, y avergonzadas.

De eso se trataba entonces. Primero el dolor de traspasar juntos la liga de sangre, ondeaba él lentamente dentro de ella, un poco con miedo de romper no sé qué cosa, y después, una vez derribado el susto y las ideas, ambos querían saciarse. Una soledad hasta entonces sentida pero nunca muy bien dibujada se marchitó

hasta secarse y un viento de milano que volaba dentro suyo, como si se lo hubiesen respirado del aire de afuera en el esfuerzo, terminó por borrarla toda. Y era verdad, alrededor anocheceía y los milanos y otras aves de noche eran testigos. El sonido cu de los pájaros bañaba el acto, también los árboles hablaban y un olor a sangre, a sal, a hierba, los robustecía. Los murciélagos sobrevolaban el sitio y la pareja supo que era hora de levantarse. Cuánto les costó el momento de la separación, cuánto trabajo dejar de ser el animal de dos lomos que rodaba en la hojarasca trémula, ese monstruo potente, desnudo, que nacía para tan pronto morir.

Y en el reposo, los días siguientes, a escondidas, anduvieron descalzos, dejaron pasar primero al animal salvaje, escucharon el suspiro de un arroyo casi seco o el aire cantando en sus vacíos. El amor era el sosiego, un canto sencillo, claro como una muela: se acicalaban después de llorar, pasaban la barbilla en el cuello del otro, mordían la piel para despertarla: la piel tierna detrás de la oreja, la palma de las manos. Y los talones cerriles, la punta de los dedos, morderlos también. Desabotonarse y descubrir los lugares donde siempre nacería el agua. Y jadear y lamer las drupas morenas de un cuerpo que se creía perdido, murmurar en las ciruelas más pardas, más enhiestas. Empuñar la sangre tirante, andar descalzos.

Pedro masticaba y le colocaba maleza precisa en las lesiones, comparaba las barbas de una delgada raíz con los rasguños; comparó flores azuladas (pensamientos) con las contusiones, despegó de la espalda sudada la hojarasca. El amor era escuchar voces en los árboles, compartir la hora del sueño y el descanso, recargar una cabeza en la otra para mantenerse alerta en los murmullos, colocar los labios como piezas de un templo que siempre estaría de pie.

Un eco retenía la voz de mi padre:

—Te vas al Norte mañana.

*Sabía que moriría allá a manos de mis esposos,
si es que llegaban a desposarme,
si no es que me ponían en una jaula a bailar desnuda
y me cambiaban de nombre.*

*Mi padre estaba enfrente, había callado hacía minutos,
pero su eco seguía pateando:*

—No vas a volver.

*Sentí un tremendo vacío en las manos, qué amplias eran.
Y luego nacieron ahí terrenos de árboles y sus sombras,
qué amplias eran.*

Mi padre gritaba enfrente:

—Te vas mañana y no vuelves.

*El viento repasaba mis dedos
como si fueran valles.*

*Los árboles se mecían
y yo dije:
—No puedo.*

*Mi padre lanzó un golpe y el golpe cayó sobre viejos golpes,
pero cuando ponía las manos sobre mi rostro
yo ya respiraba de un valle,
pero cuando miraba sus manos
el cielo caía de las llanuras y yo ahí estaba.*

Por qué, dijo el eco de mi padre.

—Voy a tener un hijo.

*Y en la posición prona con la que los animales nacen
miré hacia adentro y deseé que fuera cierto
mi vientre dispuso
y aun sobre el golpe
escuché un corazón como un grillo.*

Había escuchado la conversación que mi padre tenía con otros hombres. Escuché que iba a casarme con un hombre igual a él, en el Norte. Brindaba y desbordaba el vaso del alcohol con su mareo. Que le habían dado más dinero que cualquier dote, que iba a olvidarme allá, por fin. Mi padre pensaba que una virgen es apenas una mujer, pero menos que eso es un animal más para la caza. Orgullosa, mi madre, me había ofertado. Pero yo ya era sólo un animal, listo para la huida. Había perdido todo lo que me daba valor en este lugar donde un autobús se vuelca y corren las turbas a saquearlo, había unido los ombligos, como dicen que cae una mujer encinta. Sería un animal descalzo, pero no herido. Me iría con Pedro. Mi padre iba a escupirme y luego me abriría la puerta. Jamás vendría por mí, jamás. Iría a mirar a esos hijos suyos hasta la muerte: contemplándolos para apreciar que mientras crecían más se parecían a él. Diría, como dice siempre, que ahora chillaban, pero luego serían futuros hombres para las armas. Yo iba a irme. Habría una peregrinación con mi cuerpo de animal de campo, llevaría a mi hijo sin vergüenza en la marcha. Las ancianas me mirarían con recelo pero en el fondo de sus ojos yo adivinaría su contento y su triunfo. Pedro vendría conmigo, me lo había dicho, caminaríamos hasta el derrumbe y con nuestros cuerpos haríamos un templo, una pequeña casa.

*Gasisi nana, gasisi tata
cuananu mediu
chusinu pan dxiapa'.*

*Que duerma la abuela
que duerma el abuelo
robaremos un medio
para comprar pan duro.*

La anciana me dijo: *Habla con tu cuerpo, ahora te escucha.*

Después me devolvió con mi padre, mi padre le pagó bien por su trabajo.

Dinero suficiente para huir, diría la anciana.

Guardó los billetes entre sus senos.

Me habló al oído: *Ya sabes lo que tienes que hacer. Habla con tu cuerpo, ahora más que nunca te escucha.*

Mi padre cerró la puerta pero creo que pese a todo, bajo la rendija, salía el sonido de las bofetadas.

Ahora que ya no tienes nada en las entrañas te irás. Desaparece. No me sirves. Eres mujer y perra, no me sirves.

Salí, descalza, los ojos de mis pies se habituaban, las rocas me decían: *Me llamo tal, he visto aquello.* Mi padre me siguió en su

camioneta, de lejos, como a una cabra, hasta perderme de vista en las afueras del pueblo. Tenía miedo, tenía miedo, hablé con mi cuerpo y le dije:

Niño, acomódate en mis costillas, acomódate, que nadie sepa que estás todavía conmigo. Y algo me abrazaba las entrañas.

En lugar de monte, las nubes confundían todo en un paisaje color verde claro.

Detrás de un árbol, no sé cómo, salió la anciana.

Dijo: *Tienes dinero suficiente para huir, mi muchacha.* Me acomodó un bulto en el seno y me llevó cuesta arriba, hacia su casa. Dormida junto a ella, le dije en nuestro idioma: *Abuela, creo que te había escuchado antes, ya conocía tu voz, pero no reconozco tu rostro.* Me sonreía sin dientes, la anciana; la luz de la vela le iluminaba el rostro por ratos. Parecía que tenía en la cara llamaradas, en los ojos una gruesa capa de nube los hacía parecer canicas o perdigones blancos. Me dijo: *Duerme, mañana irás a buscar al padre de este niño.*

Y me arrulló con historias de lejanos nadadores, de tortugas del tamaño de Pedro y del mío juntos, animales extraños que nunca se quebraban.

SUS SOMBRAS RESPIRARON
JUNTAS

En un árbol sobre el río se encontró el cuerpo del niño Rosales. Estaba acomodado entre las ramas con la posición del que cabalga. Lo habían amarrado con el ahogadero de un caballo. Se mantenía erguido y quieto pese al pulso invasor de las moscas. La sangre había hecho una costra sobre las raíces del almendro.

Ella fue la primera que lo vio. Miró hacia arriba y lo primero que vio fue el ojo que parecía un hormiguero.

No le sorprendió ver a un muerto ni el olor a agua vieja de flores, tampoco el sonido de las moscas a su alrededor. Le sorprendió que el niño Rosales pareciera un anciano azul jugando sobre un árbol, un arcángel cabalgando un bayo esbelto y gigante.

Pedro:

Tuve que decirle a mi cuerpo que ya no volverías.

Tuve que decirle: No va a volver, Pedro no va a volver.

Se lo dije como me lo dijo mi padre cuando reía mirándome a los ojos: No va a volver, Pedro no va a volver.

Yo recordaba el río, ese brazo de río donde nos enseñó a ahogar a las perras y a los ratones. Fui hacia allá corriendo en cuanto pude. No quería creerlo. Me perdí. Estaba lloviendo y todas las cosas tenían una cortina de agua. Pero me di cuenta de que era ahí porque los perros que venían conmigo se tiraron, salpicaron lodo. Y yo miré hacia arriba y te vi: parecías un ángel cabalgando un bayo esbelto. Y las moscas zumbaban a pesar de la lluvia y tú ibas a través del viento, Pedro. Y tu árbol se movía lentamente, la lluvia parecía haberse traído al mar y tu árbol se movía como un caballo filoso, lentamente. Entonces, le dije a mi cuerpo: Pedro no va a volver, ya no. Me fui lejos, hasta que el frío me entró en los

huesos y de repente supe que tenía que decírselo a tus padres. No sé cómo llegué hasta allá ni cómo se los dije. Volví a casa de esta anciana, la que estoy viendo. La que me mira. Me dice: Pedro no va a volver, no lo desees.

Este vuelve a ser el instante del floreo, el instante de la noche en que caí al mundo, la noche en que tu padre estuvo orgulloso de tu sexo, la noche en que mi madre temió por mi sexo, la noche en que las olas estrellaron, el instante preciso en el que una lejana tortuga anidó en la playa. No cierro los ojos: los abro. Me quedo junto a ti, me hundo en ti cantando, porque no hay guardián más parecido al sueño, al fuego, a las rocas. Te siento retroceder y llevarte tu sombra, pero sé que me oyes.

Allá con qué nombre debo llamarte. Con qué nombre te busco.

No se imaginó nunca a Pedro como ese jinete de la boca entreabierta y cargada de la lluvia que caía desde un azul sin límite. No se imaginó nunca que su padre se vengaría, que habría una deuda.

La lluvia arreciaba. La lluvia: una ventana sucia desde donde lo miraba, allá arriba, con hormigas y tierra.

En los confines del mundo, Pedro Rosales seguía jugando, detrás de su carne, después, hasta donde no hay nada pero uno permanece. Acá estaba el triste rencor por los muertos que no nos esperan. Esta vez la cosecha sería vasta porque el agua caía, no dejaba de caer, como el hilo inmaterial de una bobina interminable, el hilo; saliva de un dios cuando habla, o llanto de los que parten cuando han recién nacido, decía su madre. Águeda otra vez tuvo miedo. Qué bueno que estuvo la lluvia atenuándolo todo.

Dios siempre es un emisario de flores, Dios siempre es un cuerpo dorado, qué caridad, dice el pueblo, ahora ese niño ya no sufre.

Que en el sueño de Pedro esté su amor, su amor y una ronda de niños.

DE QUIÉN ES ESA SANGRE NEGRA
QUE ENVUELVE A LAS ESTRELLAS

Acabo de nacer. Y no estaba negro adentro.

DONALD WOOD WINNICOTT

The Piggie. Psicoanálisis de una niña pequeña

Águeda

despierta

y el día es soleado

Águeda

despierta

y llueve

Águeda

despierta

su vientre crece

quién lo diría

sigue creciendo

Águeda

pone una veladora

no ante Dios

ante el miedo

es la hora en la que todas las cosas

se despiertan

con las campanadas

Enciende la vela
su fuente se rompe
en mar
y cae y forma
memoria en las piedras
ella corre
o más bien: camina rápido
en el camino un borracho la ayuda
—No me tengas miedo, no me tengas miedo, por favor
le dice mientras su tufo blanco asciende

hace frío

en el camino un perro se atraviesa
choca contra la montaña
está ciego

Águeda
su fuente cae mar
y forma
agua de la que los perros beben
—Nada ha sido en vano, Águeda
es su propia voz contra el pecho de un borracho
él la abraza
—No me tengas miedo, te lo ruego
el niño ya viene

hay algo en las vísceras que sabe
que el niño ya viene

las venas se preparan
para empezar todo de nuevo
y hay algo en las vísceras que sabe
que el niño ya viene
 serán los seres vivos que las atraviesan
 o el alma en la sangre
 que las moja

Águeda se detiene
se acuesta llora puja
—Nada ha sido en vano, Águeda
es su voz contra el ruido de los árboles

el borracho se va
corre, se tambalea
—Ayuda, no me tengan miedo, se los pido
choca contra los pinos
pareciera que está ciego

Águeda
da a luz en la luz que los árboles menguan
mientras grita

una mano se tiende
y recoge el cuerpo de un niño pequeñísimo
una mano se tiende
luego todo es silencio

el niño no está llorando

—Nada ha sido en vano, Águeda
es la voz de una mujer en llamas.



Porque me casaron con aquel muchacho miré las peores cosas de mi vida. De nada sirvió que me frotaran los senos con palos ardientes para que no crecieran y los hombres no quisieran violarme. Él me vio, aunque yo no quería que me viera. Fue fácil reconocer en su gesto el deseo y tuve miedo, salí del camino y corrí hacia las acacias. Nadie entraba al jardín de las espineras, pero me buscó, las púas colgaban alrededor suyo con sus formas de cruces y de cuernos. En mis pies corrían las hormigas que habitaban en las espinas huecas de esa planta, picaban mi piel y ardía, sí, como si fueran llamas. Las hormigas quemaron mis caderas, asustadas, esclavas del azúcar del espino, locas, atacaron mi espalda, y él estuvo salivando, gimiendo, encima de nosotras y de un montón de florecitas que morían debajo nuestro para siempre.

Cuando fue a pedirme para él me escondí detrás de una piedra muy alta, pero después a nadie pude decirle que no. Un esposo para mí, una boca menos para mis padres.

El día de la boda, el día de las azucenas y tantas flores recién cortadas, me obligaron a matar a mi única cabra. Le había puesto el nombre que quería ponerle a mi primera hija. Yo tenía trece años, acunaba en mis brazos a

las piedras y las llamaba niños, abrazaba a las crías de mis perros y pensaba: un día abrazaré así a mis hijos, les pondré nombres, les enseñaré que todo lo que sangra puede también cantar.

Maté a mi cabra. Vino a mí cuando la llamé para su muerte, mansa, lista. La acosté, le acaricié la barriga y como disculpa le dije: Vas a alimentar a mi nuevo esposo, vas a alimentar a mis hermanos, pero un día yo también moriré y estaremos a mano, voy a ser abono para la paja que comerán tus crías. Yo siempre te quise, yo siempre hablé contigo, Abati' huachee' ne lii, en nada te he fallado.

Mi madre estaba atrás, apurando: Corre, que ya hierve el agua. Puso en mi mano el cuchillo. Yo no quería hacerlo, lloraba, decía que no, pero mi madre golpeó diciendo todo lo que me dolía, señaló su vientre, señaló en dirección al panteón donde dormían uno sobre otro la mayoría de sus recién nacidos.

Abrí el cuello, el cuerpo de la cabra. Mi mano empezó el descenso hacia su entraña, yo quería pensar que ésa era la sangre fresca de uno de sus partos, yo quería pensar que su pulmón era un montón de hojas secas removándose por el viento como si respirasen. Mi madre me quitó del medio y recogió con avidez la sangre en una cubeta. Estaba preñada, dijo.

Así fue como los ojos abiertos de mi cabra esa vez no me miraron irme. Yo no comí, pero con ese olor a sangre, con esa sensación de haberme fusilado,

entregué el cuenco que hubo de resanarse hasta mi muerte con la carne de mi nuevo marido.



Mi mundo era ése, quería cantar todos los días para arder. Que me agarrara el sol tendida en el encono, tendida en esa guerra. Escuchaba a las piedras rugir y hablarme sobre un rojo que ardía sin rumbo y se llevaba todo. Las escuchaba decir: Una plaga de insectos puede ser también una plaga de hombres que visten el color de las ramas.

Antes de caer en el mar, mordí esa mano que desde el cielo me agarraba. Caí con varios. Parecía que éramos somos más muertos que vivos. Lo pensé también por ese olor, ese olor a garganta estrellada, ese olor a muertos que damos sombra, que gritamos: Mírennos, estamos aquí, no podemos irnos.

Mi vida no fue el descanso. Mi sangre no se vertió, nació vertida, tenía el impulso del incendio. Y qué cansado fue llevar la sangre a todas partes. ¿Qué miraba? Siempre había un hombre buscando en la basura. Siempre una mujer que tiende su mano. Siempre un niño que un pájaro negro empolla prometiéndole vuelo.

Pronto morirán las moscas después de haber puesto en los cuerpos a sus hijos y en los árboles que nadie ve los pájaros sabios descansan. De mi

*lengua el mar se desborda cada que hablo. Fue tan cansado llevar la
sangre a todas partes.*

*Beh rehn
Beh
Vete sangre
Vete*

El sol sigue girando como una tuerca alrededor de la muerte.

El mar estaba oleoso y transparente y unos niños caminaban en la playa. Eran cuatro. Me dieron la mano y nos metimos a las olas. Y ellos, por Dios que alguien debió haberlos visto, trepaban en ellas como si tuvieran alas. Y un ruido de pájaros y a lo lejos jugaban los caballos salvajes. En mis labios no se secaba nunca la sal. Luego los niños se fueron, el mar se volvió un espejo y toqué mis ojos: no estaban, los cuencos los ocupaba la bruma que se posa en la orilla cuando llega la tormenta.

Yo nunca había visto el mar, pero lo sabía todo. Sabía a qué hora en qué lugar alguna tortuga desovaba en la playa. Por eso es que yo nunca dije nada, la voz que ella escuchaba no era la mía. Esa mujer en llamas no, no soy yo. Yo estaba en un lugar azul y negro, en un barranco. En las tripas de la muerte. Ése era un remolino tan duro que los peces estallaban y yo caía y caía. Y junto a mí fueron cayendo los niños y Pedro, y tantos animales. Fuimos muchos los que pujamos contra el cielo y lo abrimos. Y fuimos muchos los que mordimos las manos de ese Dios y volvimos a caer.

Pero yo no soy esa mujer en llamas, esa no soy yo. Lo que mi hija vio, lo que mi hija escuchó, fue a mí en su cabeza, fue a mí en la cabeza de la gente. Yo estaba mojada, el fuego no cabía en ninguna parte de mi cuerpo, yo luchaba contra

los pájaros del mar, y todo era negro; azul y negro. A veces ni siquiera la recordaba a ella. Yo sólo sabía todo del mar, sabía cuáles eran esos animales en los que no se vacía la rabia, los escuchaba llamarse con sus nombres propios. Yo no era la mujer que el pecado había quemado, yo nunca grité. La mujer que ella veía fue su invento, y el invento de la gente que decía: Se está quemando, su alma está en llamas. Yo estaba a esa hora sabiéndolo todo, sabía a qué hora y en dónde una mujer o un hombre gestaban con sus sueños la arena. Lo sabía todo pero casi nunca recordaba, así es como percibe un muerto.

No me dolió saber que él tenía otra familia, que tenía un nuevo hijo varón con una mujer más joven, me dolió el alivio. Ya no era yo su única testigo. Qué horror y qué consuelo tener que repartir con alguien esa carga. Seguro le prometió llevarla al mar, pensé. Porque aquí todos queremos ir al mar y nunca vamos.

Ese mismo día me di cuenta: las cosas que había visto no iban a irse nunca. Y entre más testigos más silencios juntos, más rabia callada. Es verdad, gracias a la hierba y a sus visitas al Norte comíamos mejor; apenas un poco más. Comenzó a irse más seguido y cada que volvía traía con él más encono. Siempre hay alguien a quién regalarle la muerte, me dijo. Pues me la regalé yo. Es tan simple la muerte. Por qué seremos así: tan quebradizos. Todo lo que puede hacer un pedacito de plomo, una ola, una araña de campo. Y en el pueblo tantos tenían hambre y tantos se morían. La muerte ya no daba miedo, porque si la muerte daba miedo qué podíamos pensar entonces de nuestras vidas, siempre tan cortas. Decíamos que los muertos se iban en fila, se jalaban de los pies unos a otros. Que por eso eran tantos.

Yo despedí a esa familia antes de irse hacia el campo a buscar setas, los vi trepar en la montaña con los niños al hombro. Cuando supe que su comida los había matado, para no llorar, pensé: al menos ninguno va a estar solo. Pero esta muerte es sólo propia. Caímos juntos, pero no llegamos al mismo lugar. Y aquí estoy: sola; cuando miro hacia arriba, veo brillar a lo lejos mi cuerpo de antes. Siento cómo Dios el arponero atraviesa mi cuerpo de mujer. Éste es un cielo con constelaciones de carne: miro a los otros, tan lejos de mí. Allá alguien se mueve, ríe, entra al río con un grillo pegado a lo que le queda de ropa. Después de luchar, ignoto, el grito desciende lentamente hasta la maleza mientras los peces lo truenan y lo rompen.

Estoy aquí porque elegí estar aquí, que el mar me diera su cuerpo, este gran cuerpo que hasta ahora no sabía que me pertenecía.

Estoy aquí, tan lejos de los otros, porque lo elegí. Mi voluntad es un bucle sin retorno. Ni siquiera aquí descanso de elegir, es la sentencia que elegí con la forma de mi muerte. Y al mismo tiempo aquí el mar me llenó de flores. Embisto una ola y al hacerlo me embisto también a mí misma. Soy todo lo que me acontece. Soy el músculo del mar, su carne líquida y maciza. Sobrevuelo buscando alimento en las orillas, o recojo los cadáveres de los peces que murieron sobre la arena. Soy la muerte de esos peces, soy la mordida, soy el pájaro que cree que tiene capturado al mar y la cabeza trozada que atraviesa una garganta de pez, una fisura.



Todo en el mundo de allá consiste en defenderse de la muerte, pero la muerte pasa desapercibida en este mar donde todo vive o vibra. Hasta los cuerpos muertos desaparecen, se hunden o son tragados por animales que estuvieron en el mundo mucho antes que los hombres. En el material de las ostras podrían estar mis dientes. En el material de una perla podrían estar mis huesos, porque mi esposo arrojó mi cuerpo en un río. Iba en pedazos y desaparecí tragada por la corriente, mamíferos y animales de agua. Bajé, sigo bajando. La presión me ensordece. El agua empuja mi oído para abrirlo, empuja fuerte, golpea. Mis oídos se cierran y la sal nubla mi vista.

Mientras moría me pregunté: Y yo qué soy.

(El agua empuja fuerte. Va a abrirme.)

Y yo qué soy si siempre estuve construida a partir de mis heridas.



Hoy de mi frecuencia de cisterna siento que voy al pulso, mis labios tienen hierba en la cima, no soy ya todo lo que me sucede, las cosas empiezan a tener límites. Dejo de ser la roca, dejo de ser la voz de un caracol cantando solo y para nadie en la orilla donde lo dejé cuando fui la marea, ya no soy el viento que atraviesa los huesos de los pájaros, ni soy ya los esqueletos que animé por instantes, antes de que volvieran a su quietud agolpados en los nidos. Todo, todo está recobrando dolorosos límites. No recuerdo, no sé cómo se llora, pero llueve.

Me separo de todo. Nos separamos. Bajo el agua se cimbran unos árboles. Estoy saliendo de mí misma como el hueso sale de su fruta. Pierdo la memoria. Campo, campo, campo. De niña cantaba cuando iba por ciruelas. Trepaba un árbol, me sentaba en la rama más firme, el jugo me resbalaba fresco en la barriga. De niña, corría, corría rápido para sentir que se me cruzaban las colinas como mujeres verdes, enfaldadas. Fui la sucesión de árboles, uno tras otro, cafés, grises oscuros. De niña, una mariposa negra me aleteó en la cara y al irse me miraron después los ojos de sus alas.

Hay niños que nacen en silencio. Nadie los obliga a llorar y el líquido amniótico sale de su nariz con la primera bocanada. El único impulso que tienen al nacer es el de abrir los ojos y las manos para buscar el alimento. Tiernos, rosados, arrugados como los nadadores y los viejos, cierran y abren los dedos para atraer el aire a sus pulmones.

Lloran al día siguiente de nacidos, la noche de su primer nacimiento sólo miran el mundo y escuchan el corazón tras los pechos de su madre; es otro sonido: el agua se ha quedado adentro y ellos sólo escuchan el tambor tranquilo del reposo.

Es un mito que al nacer el llanto nos condena. Hay niños, como él, que se impulsan desde el útero al mundo y desmienten a todos los que dicen que no sabemos nacer solos y que el llanto será para siempre el impulso decretante del inicio.

Firme, sola o acompañada de los muertos, en medio del aire y las campanadas, Águeda dio a luz a un niño asombrosamente parecido a su madre.

Recién llegado, rosado y tranquilo, braceaba en el aire.

EPÍLOGO

Quién soy para usar la voz de un muerto. No soy quién para creer que entiendo el hambre, pero he sentido al estrujar un fruto maduro que aprieto un corazón y he corrido junto a niños desnudos que ríen aunque les punce un mal, una dolencia. He jugado con esos niños, nos han lamido los perros flacos el agua que se secaba en nuestra cara después de nadar. Supe lejos de la muerte de alguno, porque montados en el carro viejo de mi padre me sacaron de ahí una vez tras otra, y en cada lugar encontré otra vez amigos para correr a un río o un árbol, para no pensar en esos otros, ahora muertos, con los que nadé un arroyo de lluvia en una calle, de los que recibí siempre una ciruela, un corazón, una mano. Después crecí, dejamos de movernos. Y en el reposo, a veces, después de hacer el amor o después de morder una manzana, pienso en el niño que enterraron desnudo para poder vestir a su hermano, en su sepulcro de palma, en el pequeño puño de tierra que aventé sobre su rostro para no mirar sus ojos. Y la manzana y el amor me devuelven tierra, pero sigo tan limpia, tan limpia. Mis manos comen limpiamente un fruto del que no veré el árbol, del que no veré nunca la mano que la corta para mí. Cuántos de mis amigos han muerto,

cuántos tienen hambre. A cuántos les he arrojado un puño de tierra a los ojos para que no miren, para que no me miren, para no verlos.

Estoy tan limpia. Tan limpia.

NOTA ACLARATORIA

En la antigüedad, la esvástica fue un símbolo que representaba, entre otras muchas cosas de carácter positivo, la buena suerte, la fertilidad, la puerta al nacimiento y al apacible camino de la muerte. Que sea un recordatorio del horror —casi la marca registrada del genocidio y el nacionalismo desmedido— es algo que le fue impuesto a partir del movimiento nazi. No obstante, la esvástica está antepuesta a las enunciaciones de la madre de Águeda. Este libro está basado en hechos reales y, quizá a causa de mis supersticiones, no quería atreverme a hablar por las y los desaparecidos, sin desearles, pese al horrible destino que tuvieron, buena suerte en el camino. Asimismo, representa la voz de la mujer perdida deseando ser hallada y mi deseo de que esa voz tenga el buen destino de ser al fin atendida.

Por otra parte, en el libro se citan dos canciones populares de autores desconocidos, una atribuida a Venezuela o Colombia, y la otra es una canción de cuna zapoteca.

Algunas de las partes en cursiva del apartado “Las espuelas que hacen cantar de llanto al hombre y al caballo” fueron tomadas de los manuales y leyes oficiales del Ejército Mexicano. Mientras que en “Tercer canto del ave” se hallan citas de la nota periodística titulada:

“Veracruz: la brigada civil halla ropa ensangrentada de jóvenes y niños, olor a muerte, cartuchos”, publicada en *Sin Embargo*, el 12 de abril de 2016.

Las lenguas indígenas que aparecen en este libro son zapoteco de dos variantes: del Istmo de Tehuantepec y de la Sierra Sur, y mixteco tacuate.

Después del nacimiento de su hijo, Águeda desapareció. Nadie sabe nada más.

ÍNDICE

11 *En la cocina los muros se levantan...*

NO SE PUEDE NADAR CON ARMADURAS

15 A esa hora en todas las grandes ciudades...

16 No habrá réquiem...

17 Dentro de ella...

19 Con vértigo, su vida se despliega...

21 La perra bebe otra vez la saliva...

23 Vómito y arcadas...

24 Cae en sí misma...

25 Luego todo acabó...

26 *Aquí estoy, éste es el mar...*

DEFINÍAN LA MUERTE CON LOS PEQUEÑOS
FINALES QUE HAY A LO LARGO DE UNA VIDA:
LA CENIZA DEL FUEGO, TODAS LAS FLORES
RECIÉN CORTADAS

29 El sacerdote acababa de llegar...

- 30 Para cada idioma hay una idea...
- 32 Águeda fue la única que supo...
- 33 *La nueva esposa lo seguía...*
- 35 El padre la obligó a entrar en el vestido...
- 36 En qué consiste el luto de ese niño...
- 37 En la boda, el pequeño hermano...
- 39 En la boda, el niño intentaba saciar...

EN EL VIENTRE SIN OLAS DEL VACÍO

- 43 Amnios
- 44 Corion
- 45 Alantoides
- 46 Cordón umbilical
- 48 Alumbramiento y llanto
- 50 Lactancia
- 58 El despecho: la mujer isla, la nadadora nocturna
- 68 Risa, lenguaje

INCLUSO CUANDO CREÍA QUE HABLABA SOLA ESTABA TENIENDO UNA CONVERSACIÓN

- 77 Los niños borrachos...

Un ave canta contra el mutismo de los árboles que,
es obvio, están vivos

- 83 El ave es un pedazo de cielo...
- 84 *El ave que me canta en los sueños...*

Las espuelas que hacen cantar de llanto al hombre
y al caballo

- 103 Él también tuvo hambre...
- 107 Frente al agua, el caballo está quieto...
- 110 Bueno, y la mujer esperaba...
- 112 Bueno, y finalmente era cierto...
- 113 En el panteón nacieron...
- 114 Y así él hubiera dicho...
- 116 El canto del caballo rojo con sacras de color isabelo
- 118 Canto del perro negro que mira oculto una catástrofe
- 120 Canto de la perra ocre que oculta a sus crías

La arena son cientos de miles de huesos de hombres
desterrados o huidos, la arena es el cuerpo que se ha
puesto a cantar la herida

- 125 Edna
- 129 Laura
- 131 María

PRIMERA TUMBA

- 137 En el Norte, el padre había aprendido a decapitar...
- 139 Y al fin, Águeda salió al mundo...
- 142 Y en el reposo...
- 143 *Un eco retenía la voz...*
- 145 *Había escuchado la conversación...*
- 147 La anciana me dijo...

SUS SOMBRAS RESPIRARON JUNTAS

- 151 En un árbol sobre el río...
- 154 No se imaginó nunca a Pedro...

DE QUIÉN ES ESA SANGRE NEGRA QUE ENVUELVE A LAS ESTRELLAS

- 159 Águeda...
- 163 *Porque me casaron con aquel muchacho...*
- 166 *Mi mundo era ése...*
- 168 *El mar estaba oleoso y transparente...*
- 171 *Todo en el mundo de allá...*
- 172 *Hoy de mi frecuencia de cisterna...*
- 173 Hay niños que nacen en silencio...

EPÍLOGO

NOTA ACLARATORIA



Silencio,

de Clio Mendoza, se
terminó de imprimir en noviembre de
2018, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V.,
ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, man-
zana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P.
50223, en Toluca, Estado de México. El tiraje consta de 2 mil
ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges,
de Alejandro Lo Celso, de la fundidora PampaType. Concepto
editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Lucero
Estrada. Formación, portada y supervisión en imprenta:
Adriana Juárez Manríquez. Cuidado de la edición:
Cristina Baca Zapata y la autora. Editor
responsable: Félix Suárez.

